

Revolución mundial y táctica comunista

Anton Pannekoek

(1920)

Detalles de publicación

Este texto fue publicado originalmente en *De Nieuwe Tijd* en 1920, en *Kommunismus*, el órgano teórico de la Comintern para el sureste de Europa; en Petrogrado bajo el título *Die Entwicklung der Weltrevolution and die Taktik des Communismus* (El desarrollo de la Revolución mundial y la Táctica del Comunismo), y como un folleto, incluyendo el 'Postfacio', por el Verlag der Arbeiterbuchhandlung (Editorial Librería Obrera), la casa editorial del Partido Comunista de Austria.

Esta traducción al español toma como base la traducción al inglés realizada por D.A. Smart, que fue publicada en "El marxismo de Pannekoek y Gorter" (Pluto, Londres, 1978). Las notas estrelladas son del texto original. Las restantes son de la edición de 1978.

Traducido del inglés al español por R. Ferreiro, Mayo del 2005.

*«La teoría misma deviene una fuerza material
una vez que toma arraigo en las masas.
La teoría es capaz de tomar arraigo en las masas...
una vez se vuelve radical.»*

Karl Marx

I. La revolución rusa y sus consecuencias en la situación europea

La transformación del capitalismo en comunismo se produce por dos fuerzas, una material y la otra espiritual, teniendo sus orígenes ésta última en la anterior. El desarrollo material de la economía genera la conciencia, y ésta activa la voluntad para la revolución. La ciencia marxista, que surge como una función de las tendencias generales del desarrollo capitalista, forma en primer lugar la teoría del partido socialista y subsiguientemente la del partido comunista, y dota al movimiento revolucionario de una profunda y vigorosa unidad intelectual. Mientras esta teoría está penetrando gradualmente a una sección del proletariado, las propias experiencias de las masas se coaligan para fomentar el reconocimiento práctico de que el capitalismo ya no es viable en medida creciente. La guerra mundial y el rápido derrumbe económico hacen ahora la revolución objetivamente necesaria antes de que las masas hayan alcanzado el

comunismo intelectualmente: y esta contradicción está en la raíz de las contradicciones, vacilaciones y retrocesos que hacen de la revolución un largo y doloroso proceso. No obstante, la teoría misma gana ahora nuevo ímpetu y toma rápidamente arraigo en las masas; pero ambos procesos son retrasados de modo inevitable por los problemas prácticos que repentinamente han surgido de forma tan masiva.

Hasta donde concierne a Europa occidental, el desarrollo de la revolución está determinado principalmente por dos fuerzas: el derrumbe de la economía capitalista y el ejemplo de la Rusia soviética. No necesitamos extendernos aquí en las razones por las que el proletariado pudo lograr la victoria tan rápidamente y con relativa facilidad en Rusia -la debilidad de la burguesía, la alianza con el campesinado, el hecho de que la revolución tuvo lugar durante la guerra-. El ejemplo de un Estado en el que la población trabajadora es la que domina, donde han abolido el capitalismo y están comprometidos en la construcción del comunismo, no podría sino causar una gran impresión en el proletariado del mundo entero. Por supuesto, este ejemplo no habría sido en sí mismo suficiente para incitar a los obreros de otros países a la revolución proletaria. La mente humana está más fuertemente influenciada por los efectos de su propio ambiente material; así que si el capitalismo autóctono hubiese retenido toda su vieja fuerza, las noticias de la lejana Rusia hubieran causado escasa impresión. «Llenas de respetuosa admiración, pero de un modo tímido, pequeñoburgués, sin el coraje para salvarse

a sí mismas, Rusia y la humanidad como un todo poniéndose en acción», así era cómo las masas sorprendieron a Rutgers¹ a su retorno desde Rusia a Europa occidental. Cuando la guerra acabó, todos esperábamos aquí un rápido giro de la economía, y una prensa mentirosa retrataba a Rusia como un lugar de caos y barbarismo; y, de este modo, las masas esperaban su momento. Pero desde entonces, ha acontecido lo opuesto: el caos se ha extendido en la patria tradicional de la civilización, mientras el nuevo orden en Rusia está mostrando una fortaleza creciente. Ahora las masas también están en revuelta aquí.

El derrumbe económico es el acicate más poderoso para la revolución. Alemania y Austria están ya completamente arruinadas y económicamente pauperizadas, Italia y Francia están en declive inexorable. Inglaterra ha sufrido tanto que es dudoso que los vigorosos esfuerzos de su gobierno en la reconstrucción puedan impedir el colapso, y en América están apareciendo los primeros signos amenazantes de crisis. Y en cada país, más o menos en este mismo orden, el desasosiego está creciendo entre las masas; están luchando contra el empobrecimiento en grandes

1 El tribuinista S. J. Rutgers asistió al Ier Congreso del Comintern y retornó a Amsterdam a fines de 1919 para establecer allí el Buró Auxiliar de Europa Occidental de la Tercera Internacional. Él bien pudo haber sido el autor del artículo de orientación de izquierda acerca de las tácticas parlamentarias y sindicales en el único número del boletín del Buró, cuyos fondos resultaron ser abruptamente congelados por Moscú. [*Nota de los traductores al inglés*]

movimientos huelguísticos que golpean la economía aun más duramente; estas luchas están transformándose gradualmente en una lucha revolucionaria consciente, y, sin ser comunistas por convicción, las masas están siguiendo cada vez más el camino que el comunismo les muestra, puesto que la necesidad práctica está conduciéndolas en esa dirección.

Con el crecimiento de esta necesidad y este ánimo, llevada por ellos por así decir, la vanguardia comunista se ha desarrollado en estos países; esta vanguardia reconoce claramente las metas y se reagrupa en la Tercera Internacional. El rasgo distintivo de este proceso de revolución en desarrollo es una aguda separación del comunismo del socialismo, en términos tanto ideológicos como organizativos. Esta separación es más marcada en los países de Europa Central, precipitados a la crisis económica por el Tratado de Versalles, donde era necesario un régimen socialdemócrata para salvar al Estado burgués. La crisis es allí tan profunda e irremediable que la masa de obreros socialdemócratas radicales, el USP, está presionando por la afiliación a Moscú, aunque todavía conservan en gran parte los viejos métodos, tradiciones, consignas y dirigentes socialdemócratas. En Italia, el partido socialdemócrata entero se ha asociado a la Tercera Internacional; un ánimo revolucionario militante entre las masas, que están comprometidas en una constante guerra a pequeña escala contra el gobierno y la burguesía, nos permite pasar por alto

la mezcla teórica de perspectivas socialistas, sindicalistas y comunistas. En Francia, los grupos comunistas sólo recientemente se han separado del partido socialdemócrata y del movimiento sindical, y están ahora moviéndose hacia la formación de un partido comunista. En Inglaterra, el profundo efecto de la guerra sobre las viejas y familiares condiciones ha generado un movimiento comunista, consistente todavía en varios grupos y partidos de orígenes diferentes y en nuevas formaciones organizativas. En América dos partidos comunistas se han separado del Partido Socialdemócrata, mientras éste último también se ha alineado con Moscú.

La inesperada resiliencia de la Rusia soviética a los asaltos de la reacción ha compelido a la Entente a negociar, y también ha causado una nueva y poderosa impresión en los partidos obreros occidentales. La Segunda Internacional está desintegrándose; se ha iniciado un movimiento general de los grupos de centro hacia Moscú bajo el impulso del creciente ánimo revolucionario de las masas. Estos grupos han adoptado el nuevo nombre de comunistas sin que sus perspectivas anteriores se hayan alterado demasiado, y están transfiriendo las concepciones y los métodos de los viejos socialdemócratas a la nueva internacional. Como señal de que estos países se han vuelto ahora más maduros para la revolución, está apareciendo un fenómeno precisamente opuesto al primero: con su entrada en la Tercera Internacional o declaración en favor de sus principios, como en el caso del USP

antes mencionado, la marcada distinción entre comunistas y socialdemócratas está palideciendo una vez más. A pesar de cualesquiera intentos que se hagan para mantener tales partidos formalmente fuera de la Tercera Internacional, en un esfuerzo por conservar un poco de firmeza de principios; a pesar de eso se insinúan en la dirección del movimiento revolucionario de cada país, manteniendo su influencia sobre las masas militantes mediante el cumplimiento de boquilla (slip-service) con las nuevas consignas. Así es como se comporta todo estrato dominante: en lugar de consentir en ser separado de las masas, él mismo se vuelve «revolucionario» con el propósito de desinflar la revolución hasta donde sea posible mediante su influencia. Y muchos comunistas tienden a ver sólo la fuerza incrementada que se nos acumula, y no también el incremento en la vulnerabilidad.

Con la aparición del comunismo y el ejemplo ruso, la revolución proletaria parecía haber ganado de una forma simple y franca. En realidad, sin embargo, las distintas dificultades con que ahora se encuentra están revelando las fuerzas que la convierten en un proceso sumamente complejo y arduo.

II. El futuro de la revolución alemana y el peligro del oportunismo en la Tercera Internacional

Los problemas y las soluciones para ellos, los programas y las tácticas, no brotan de principios abstractos, sino que están determinados únicamente por la experiencia, por la práctica real de la vida. Las concepciones de los comunistas acerca de su meta y de cómo va a lograrse deben ser elaboradas sobre la base de la práctica revolucionaria previa, como siempre se ha hecho. La revolución rusa, y el curso que la revolución alemana ha adoptado hasta este momento, representan para nosotros toda la evidencia hasta ahora disponible acerca de las fuerzas motoras, las condiciones y las formas de la revolución proletaria.

La revolución rusa llevó al proletariado al control político en un ascenso tan increíblemente rápido que, en aquel momento, tomó a los observadores europeos occidentales completamente por sorpresa; y aunque las razones de ello son claramente identificables, ha venido a parecer cada vez más asombroso en vista de las dificultades que nosotros estamos experimentando ahora en Europa occidental. Su efecto inicial fue, inevitablemente, que, con el primer aflujo de entusiasmo, se subestimaron las dificultades que enfrenta la revolución en Europa occidental. Ante los ojos del

proletariado mundial, la revolución rusa desveló los principios del nuevo orden en todo el fulgor y la pureza de su poder -la dictadura del proletariado, el sistema de soviets como nuevo modo de democracia, la reorganización de la industria, la agricultura y la educación-. En muchos aspectos, dio un cuadro de la naturaleza y el contenido de la revolución proletaria tan simple, claro y comprensivo, tan idílico, que uno casi podría decir que nada podía parecer más fácil que seguir este ejemplo. Sin embargo, la revolución alemana ha mostrado que esto no era tan simple, y las fuerzas que salieron al frente en Alemania están en conjunto actuando a lo largo del resto de Europa.

Cuando el imperialismo alemán se derrumbó en noviembre de 1918, la clase obrera carecía totalmente de preparación para la toma del poder. Arruinada en su mente y en su espíritu por los cuatro años de guerra, y todavía aprisionada por las tradiciones socialdemócratas, fue incapaz de lograr un reconocimiento claro de su tarea durante las primeras semanas, cuando la autoridad gubernamental había prescrito; el periodo intensivo pero breve de propaganda comunista no podía compensar esta carencia. La burguesía alemana había aprendido más del ejemplo ruso que el proletariado; cubriéndose de rojo con el propósito de distraer la vigilancia de los obreros, empezó inmediatamente a reconstruir los órganos de su poder. Los consejos obreros entregaron voluntariamente su poder a los dirigentes del Partido socialdemócrata y al parlamento

democrático. Los obreros, portando todavía armas como soldados, no desarmaron a la burguesía, sino que se desarmaron a sí mismos; los grupos obreros más activos fueron aplastados por los guardias blancos recientemente formados y la burguesía formó milicias civiles armadas. Con la connivencia de las direcciones sindicales, los ahora indefensos obreros fueron poco a poco expropiados de todas las mejoras en sus condiciones de trabajo conquistadas en el curso de la revolución. El camino al comunismo era así bloqueado con alambradas de espinos para asegurar la supervivencia del capitalismo, o sea, para permitirle hundirse todavía más profundamente en el caos.

Estas experiencias ganadas en el curso de la revolución alemana no pueden, por supuesto, aplicarse automáticamente a los demás países de Europa occidental; allí el desarrollo de la revolución aún seguirá otros cursos. El poder no caerá repentinamente en manos de las masas sin preparación como resultado del derrumbe político-militar; el proletariado tendrá que luchar duramente por ello, y de este modo habrá conseguido un grado superior de madurez cuando haya ganado. Lo ocurrido a ritmo febril en Alemania después de la revolución de noviembre ya está teniendo lugar más sosegadamente en otros países: la burguesía está delineando las consecuencias de la revolución rusa, haciendo preparativos militares para la guerra civil y, al mismo tiempo, organizando la decepción política del proletariado por medio de la socialdemocracia. Pero, a pesar de estas

diferencias, la revolución alemana muestra ciertas características generales y ofrece lecciones de importancia general. Ha puesto en claro que la revolución en Europa occidental será un proceso lento y arduo, y ha revelado qué fuerzas son las responsables de esto. El ritmo lento del desarrollo revolucionario en Europa occidental, aunque sólo relativo, ha dado lugar a un choque de corrientes tácticas conflictivas. En tiempos de desarrollo revolucionario rápido, las diferencias tácticas se superan rápidamente en la acción, o no se hacen conscientes; la intensa agitación de principios clarifica las mentes de la gente, y al mismo tiempo las masas desbordan y la acción política sobrepasa las viejas concepciones. Cuando nos situamos en un periodo de estancamiento externo, como quiera que sea; cuando las masas dejan pasar cualquier cosa sin protestar y las consignas revolucionarias ya no parecen capaces de capturar la imaginación; cuando las dificultades se amontonan y el adversario parece levantarse más colosal con cada compromiso; cuando el Partido comunista permanece débil y experimenta sólo derrotas, entonces las perspectivas divergen y se buscan nuevos cursos de acción y nuevos métodos tácticos. Allí emergen, entonces, dos tendencias principales, que pueden reconocerse en cualquier país y a través de todas las variaciones locales. Una corriente busca revolucionar y clarificar las mentes de la gente mediante la palabra y el hecho, y para este fin intenta poner los nuevos principios en el contraste más agudo posible con las viejas concepciones establecidas. La otra corriente intenta

atraer a la actividad práctica a las masas que están todavía en la línea de fondo y, por consiguiente, enfatiza los puntos de acuerdo más que los puntos de diferencia, en un esfuerzo por evitar, hasta donde sea posible, cualquier cosa que les pudiese detener. La primera se esfuerza por una clara y marcada separación entre las masas; la segunda por la unidad; la primera corriente puede ser denominada la tendencia radical, la segunda la tendencia oportunista. Dada la situación actual en Europa occidental, con la revolución encontrando poderosos obstáculos por una parte, y por la otra con la firme resistencia de la Unión Soviética a los esfuerzos de los gobiernos de la Entente para derrocarla, dejando ello una fuerte impresión en las masas, podemos esperar un mayor influjo en la Tercera Internacional de los agrupamientos obreros hasta ahora indecisos; y como resultado, el oportunismo se convertirá, sin duda, en una fuerza poderosa en la Internacional Comunista.

Oportunismo no significa necesariamente una actitud y vocabulario dóciles, conciliadores, ni radicalismo un comportamiento más acerbo; al contrario, la carencia de tácticas claras y fundadas en principios se esconde, demasiado a menudo, tras un lenguaje rabiosamente estridente; y de hecho, en las situaciones revolucionarias, es característico del oportunismo poner repentinamente todas sus esperanzas en el gran hecho revolucionario. Su esencia descansa siempre en la consideración de las cuestiones inmediatas, no de las que se sitúan en el futuro, y en fijarse en los aspectos superficiales del

fenómeno más que en ver sus bases determinantes más profundas. Cuando las fuerzas no son inmediatamente adecuadas para la consecución de cierta meta, tiende a elaborar para esa meta otra vía, mediante rodeos, en lugar de fortalecer esas fuerzas, ya que su meta es el éxito inmediato y a eso sacrifica las condiciones para el éxito duradero en el futuro. Busca la justificación en el hecho de que, formando alianzas con otros grupos «progresivos», y haciendo concesiones a las concepciones caducas, a menudo es posible ganar poder o, por lo menos, dividir al enemigo, la coalición de las clases capitalistas, y producir así condiciones más favorables para la lucha. Pero el poder en tales casos siempre resulta ser una ilusión, un poder personal ejercido por dirigentes individuales y no el poder de la clase proletaria; esta contradicción no trae nada más que confusión, corrupción y conflicto en su estela. Una conquista del poder gubernamental que no esté basada sobre una clase obrera plenamente preparada para ejercer su hegemonía se perdería de nuevo, o, en otro caso, habría de hacer tantas concesiones a las fuerzas reaccionarias que se desgastaría interiormente. Una división en las filas de la clase que nos es hostil -la consigna más preciada del reformismo- no afectaría a la unidad de la burguesía, interiormente entrelazada, pero engañaría, confundiría y debilitaría al proletariado. Por supuesto, puede ocurrir que la vanguardia comunista del proletariado sea forzada a tomar el poder político antes de que se den las condiciones normales; pero sólo lo que las masas ganen de este modo en

términos de claridad, visión profunda (insight), solidaridad y autonomía, tiene valor duradero como fundamento del desarrollo ulterior hacia el comunismo.

La historia de la Segunda Internacional está llena de ejemplos de esta política de oportunismo, y éstos están empezando a aparecer en la Tercera. Ello solía consistir en buscar la ayuda de los grupos obreros no socialistas o de otras clases para conseguir el objetivo del socialismo. Esto condujo a tácticas que se volvían corruptas, y, finalmente, al hundimiento. La situación de la Tercera Internacional es ahora fundamentalmente diferente, puesto que el periodo de desarrollo capitalista tranquilo ha terminado cuando la socialdemocracia, en el mejor sentido del término, no podía hacer nada más que prepararse para una futura época revolucionaria combatiendo la confusión con políticas de principios. El capitalismo está ahora derrumbándose; el mundo no puede esperar hasta que nuestra propaganda haya ganado a una mayoría para la lúcida visión comunista; las masas deben intervenir, y tan rápidamente como sea posible, si ellas y el mundo van a salvarse de la catástrofe. ¿Qué puede hacer un pequeño partido, cualesquiera que sean sus principios, cuando lo que se necesita son las masas? ¿No está el oportunismo, con sus esfuerzos por reunir rápidamente a las masas más amplias, dictado por la necesidad?

Una revolución no puede realizarse mejor mediante un gran partido de masas o una coalición

de partidos diferentes que mediante un pequeño partido radical. Ella irrumpe espontáneamente entre las masas, y aunque la acción instigada por un partido puede detonarla a veces (un raro suceso) las fuerzas determinantes descansan en otra parte, en los factores psicológicos que están en lo profundo del inconsciente de las masas y en los grandes acontecimientos de la política mundial. La función de un partido revolucionario reside en propagar por adelantado un entendimiento claro para que, a lo largo de las masas, haya elementos que sepan lo que se debe de hacer y que sean capaces de juzgar la situación por sí mismos. Y en el curso de la revolución el partido tiene que alzar el programa, las consignas y orientaciones que las masas espontáneamente actuantes reconozcan como correctas porque encuentran que ellas expresan sus propias aspiraciones en su forma más adecuada y que alcanzan así mayor claridad de propósito; es de este modo como el partido llega a dirigir la lucha. Mientras las masas permanecen inactivas esto puede parecer una táctica infructuosa; pero la claridad de principios tiene un efecto implícito en muchos que en un principio son reacios, y la revolución revela su poder activo de dar una dirección definida a la lucha. Si, por otro lado, se ha intentado ensamblar un gran partido diluyendo los principios, formando alianzas y haciendo concesiones, entonces esto permite a los elementos confusos ganar influencia en tiempos de revolución sin que las masas, por causa de su inadecuación, sean capaces de discernimiento. La conformidad a las perspectivas tradicionales es un intento por

ganar poder sin la revolución en las ideas, que es la precondition para hacerlo; su efecto es, por consiguiente, detener el curso de la revolución. Esto está, también, condenado al fracaso, pues sólo el pensamiento más radical puede tomar arraigo en las masas una vez se comprometen en la revolución, mientras que la moderación sólo les satisface mientras la revolución tenga todavía que realizarse. Una revolución involucra simultáneamente un profundo salto (upheaval: *una ruptura y un ascenso*, nota trad. español), en el pensamiento de las masas; crea las condiciones para esto y es ella misma condicionada por ello; la dirección en la revolución recae, de este modo, en el Partido comunista, en virtud del poder de transformación del mundo que poseen sus principios inequívocos.

En contraste con el fuerte y marcado énfasis en los nuevos principios -el sistema de soviets y la dictadura- que distinguen al comunismo de la socialdemocracia, el oportunismo en la Tercera Internacional confía tanto como le es posible en las formas de lucha tomadas de la Segunda Internacional. Después de que la revolución rusa hubiese reemplazado la actividad parlamentaria por el sistema de soviets, y hubiese edificado el movimiento sindical sobre la base de la fábrica, el primer impulso en Europa occidental fue seguir este ejemplo. El Partido Comunista de Alemania boicoteó las elecciones a la Asamblea Nacional e hizo campaña por la separación organizativa, inmediata o gradual, de los sindicatos. Sin embargo, cuando la revolución refluyó y se estancó en 1919, el Comité

Central del KPD introdujo una táctica diferente que equivalía a optar por el parlamentarismo y apoyar a las viejas confederaciones sindicales contra las uniones industriales. El principal argumento que estaba detrás de esto es que el Partido comunista no debe perder la dirección de las masas, que piensan todavía enteramente en términos parlamentarios; a las que se llega mejor a través de campañas electorales y discursos parlamentarios, y las cuales, afiliándose en masa a los sindicatos, han incrementado su número de miembros a siete millones. Este mismo pensamiento se observará en Inglaterra en la actitud del BSP: no quieren romper con el Partido Laborista, aunque éste pertenece a la Segunda Internacional, por miedo a perder el contacto con la masa de sindicalistas. Estos argumentos son formulados de modo más preciso y ordenado por nuestro amigo Karl Radek, cuyo Desarrollo de la Revolución mundial y Tareas del Partido Comunista, escrito en prisión en Berlín, puede considerarse como la declaración programática del oportunismo comunista². Aquí se argumenta que la revolución proletaria en Europa occidental será un largo y dilatado proceso, en el cual el comunismo deberá usar todos los medios de propaganda, en los cuales la actividad

2 Pannekoek confunde aquí los títulos de dos textos escritos por Radek durante su estancia en prisión: «El desarrollo de la Revolución alemana y las tareas del Partido Comunista», escrito antes del Congreso de Heidelberg, y «El desarrollo de la Revolución mundial y las tácticas de los Partidos Comunistas en la lucha por la Dictadura del Proletariado», escrito posteriormente. Este último es el que se menciona. [Nota de los traductores al inglés]

parlamentaria y el movimiento sindical seguirán siendo las armas principales del proletariado, con la introducción gradual del control obrero como nuevo objetivo.

Un examen de los fundamentos, condiciones y dificultades de la revolución proletaria en Europa occidental mostrará en que medida es esto correcto.

III. El poder de la cultura burguesa en las masas de Europa occidental y la necesidad del proletariado de romper con las tácticas tradicionales

Se ha enfatizado repetidamente que la revolución requerirá mucho tiempo en Europa occidental, a causa de que la burguesía es, con mucho, más poderosa aquí que en Rusia. Permítasenos analizar la base de este poder. ¿Reside en su número? Las masas proletarias son mucho más numerosas. ¿Reside en el dominio de la burguesía sobre la totalidad de la vida económica? Esto solía ser ciertamente un importante factor de poder; pero su hegemonía está decayendo y en Europa Central la economía está completamente en bancarrota. ¿Reside en su control del Estado, con todos sus medios de coerción? Ciertamente, siempre ha usado éste último para mantener subyugado al proletariado, lo cual es la razón de que la conquista del poder estatal fuese el primer objetivo del proletariado. Pero en noviembre de 1918 en Alemania y Austria el poder estatal se deslizó del asidero acobardado de la burguesía, y el aparato coercitivo del Estado quedó completamente paralizado, estando las masas al mando; y la burguesía fue capaz, no obstante, de reedificar de nuevo este poder estatal y de subyugar una vez más a los obreros. Esto demuestra que la burguesía poseía otra fuente oculta de poder que había

permanecido intacta, y que le permitió restablecer su hegemonía cuando todo parecía resquebrajarse. Este poder oculto es la influencia ideológica de la burguesía sobre el proletariado. Debido a que las masas proletarias todavía se regían totalmente por una mentalidad burguesa, restauraron la hegemonía de la burguesía con sus propias manos después de que ésta se hubiese derrumbado³.

La experiencia alemana nos sitúa cara a cara con el mayor problema de la revolución en Europa occidental. En estos países, el viejo modo burgués de producción y la vieja civilización centenaria que se ha desarrollado con él se han impreso completamente en los pensamientos y sentimientos de las masas populares. Por eso la mentalidad y el carácter interior de las masas es aquí totalmente distinto del de los países del Este, que no ha experimentado el dominio de la cultura burguesa; y esto es lo que distingue los cursos diferentes que la revolución ha tomado en el Este y en el Oeste. En Inglaterra, Francia, Holanda, Italia, Alemania y Escandinavia, ha habido una poderosa clase burguesa basada en la producción pequeñoburguesa y capitalista primitiva desde la Edad Media; como el feudalismo declinó, allí también creció en el campo una clase de campesinos independientes igualmente poderosa, en la que el individuo también era amo en su propia pequeña hacienda. Las sensibilidades burguesas se

3 El siguiente párrafo se remite al "Comunismo de la aldea", de Gorter en su *Carta Abierta al Camarada Lenin*. [Nota de los traductores al inglés]

desarrollaron, sobre este fundamento, formando una sólida cultura nacional, particularmente en los países marítimos de Inglaterra y Francia, que tomaron el liderazgo en el desarrollo capitalista. En el siglo XIX, la sujeción del conjunto de la economía al capital, y la inclusión de las haciendas agrícolas más remotas en el sistema capitalista de comercio mundial, reforzó y refinó esta cultura nacional, y la propaganda psicológica de la prensa, la escuela y la iglesia la machacaron firmemente en las cabezas de las masas, tanto aquellas a quien el capital proletarizó y atrajo a las ciudades, como aquellas a las que dejó en el campo. Esto es verdad no sólo en las tierras natales del capitalismo, sino también, aunque de formas diferentes, en América y Australia, donde los europeos fundaron nuevos Estados, y en los países de Europa Central, Alemania, Austria, Italia, que hasta entonces se habían estancado, pero donde la nueva oleada de desarrollo capitalista fue capaz de conectar con una economía antigua, atrasada, de pequeños campesinos y cultura pequeñoburguesa. Mas cuando el capitalismo presionó en los países de Europa oriental, encontró condiciones materiales y tradiciones muy diferentes. Aquí, en Rusia, Polonia, Hungría, incluso en Alemania al este del Elbe, no había ninguna clase burguesa fuerte que hubiese dominado durante mucho tiempo la vida espiritual; ésta última estaba determinada por condiciones agrícolas primitivas, con la propiedad latifundista de la tierra, el feudalismo patriarcal y el comunismo de la aldea. Por consiguiente, aquí las masas se vincularon al comunismo de una manera más

primitiva, simple, abierta, tan receptiva como el papel en blanco. Los socialdemócratas europeos occidentales expresaron a menudo el asombro burlesco de que los 'ignorantes' rusos pudiesen proclamarse la vanguardia del nuevo mundo obrero. Refiriéndose a estos socialdemócratas, un delegado inglés en la conferencia comunista en Amsterdam⁴ apuntó bastante correctamente la diferencia: los rusos pueden ser más ignorantes, pero los obreros ingleses están atiborrados de prejuicios hasta tal punto que es más difícil propagar el comunismo entre ellos. Éstos «prejuicios» son solamente el aspecto superficial, externo, de la mentalidad burguesa que satura a la mayoría del proletariado de Inglaterra, Europa occidental y América.

El contenido entero de esta mentalidad es tan polifacético y complejo en su oposición a la visión del mundo proletaria, comunista, que escasamente puede resumirse en unas pocas frases. Su característica primaria es el individualismo, que tiene sus orígenes en las más tempranas formas de trabajo pequeñoburguesas y campesinas, y sólo gradualmente cede ante el nuevo sentido proletario de la comunidad y de la necesidad de aceptar la disciplina -esta característica es probablemente más pronunciada en la burguesía y el proletariado de los países anglosajones-. La perspectiva del individuo se limita a su lugar de trabajo, en vez de abarcar la sociedad como un todo; tan absoluto

4 La conferencia en cuestión fue convocada para estructurar el Buró Auxiliar. [*Nota de los traductores al inglés*]

parece el principio de la división del trabajo que la política misma, el gobierno de toda la sociedad, es visto no como el negocio de todos, sino como el monopolio de un estrato gobernante, la provincia especializada de expertos particulares, los políticos. Con sus siglos de comercio material e intelectual, su literatura y su arte, la cultura burguesa se ha incrustado ella misma en las masas proletarias, y genera un sentimiento de solidaridad nacional, anclado más profundamente en el inconsciente de lo que la indiferencia externa o el internacionalismo superficial sugieren; esto mismo puede expresarse potencialmente en la solidaridad nacional de clase e impide enormemente la acción internacional.

La cultura burguesa existe en el proletariado primariamente como un molde tradicional del pensamiento. Las masas apegadas a él piensan en términos ideológicos en lugar de en términos reales: el pensamiento burgués ha sido siempre ideológico. Pero esta ideología y esta tradición no están integradas; los reflejos mentales procedentes de las innumerables luchas de clases de siglos anteriores han sobrevivido como sistemas de pensamiento político y religioso que separan al viejo mundo burgués y, por consiguiente, a los proletarios nacidos de él, en grupos, iglesias, sectas, partidos, divididos de acuerdo a sus perspectivas ideológicas. De este modo el pasado burgués sobrevive también en el proletariado como una tradición organizativa que se levanta en el camino de la unidad de clase necesaria para la creación del nuevo mundo; en estas organizaciones arcaicas los obreros

constituyen los seguidores y adherentes de una vanguardia burguesa. Es la Intelectualidad la que suple a los dirigentes en estas luchas ideológicas. La Intelectualidad -sacerdotes, maestros, literatos, periodistas, artistas, políticos- forma una clase numerosa cuya función es fomentar, desarrollar y propagar la cultura burguesa; la transfiere a las masas y actúa como mediadora entre la hegemonía del capital y los intereses de las masas. La hegemonía del capital está enraizada en la dirección intelectual de las masas por este grupo. Pues, aunque las masas oprimidas se han rebelado a menudo contra el capital y sus agentes, sólo lo han hecho bajo la dirección de la Intelectualidad; y las firmes solidaridad y disciplina ganadas en esta lucha común demuestran ser consecuentemente el soporte más fuerte del sistema, una vez que estos dirigentes se ponen abiertamente del lado del capitalismo. Así, la ideología cristiana de los declinantes estratos pequeñoburgueses, que habían llegado a ser una fuerza viva como expresión de su lucha contra el moderno Estado capitalista, demostró con frecuencia sus peores consecuencias como un sistema reaccionario que apuntaló el Estado, como con el catolicismo en Alemania después de la Kulturkampf⁵. A pesar del valor de su

5 Las primeras organizaciones sindicales a fines de la década de 1860 en el Ruhr eran la obra de sacerdotes católicos. A fines de los setenta, sin embargo, Bismarck abandonó su campaña contra el catolicismo y su representante político, el Zentrum (el precursor del CDU), con motivo de un frente único contra el Partido socialdemócrata. [Nota de los traductores al inglés]

contribución teórica, mucho de lo mismo es cierto sobre el papel que jugó la socialdemocracia en destruir y extinguir las viejas ideologías de la fuerza de trabajo ascendente, cuando la historia exigió que debía hacerlo: hizo a las masas proletarias mentalmente dependientes de dirigentes políticos y de otros a quienes, en tanto que especialistas, las masas dejaron la administración de todos los asuntos importantes, de naturaleza general, que afectaban a la clase, en lugar de tomarlos ellas mismas en sus manos. Las firmes solidaridad y disciplina que desarrollaron en las, a menudo agudas, luchas de clases de mitad de siglo, no enterraron el capitalismo, ya que éste representa el poder de dirección y de organización por encima de las masas; y en agosto de 1914 y noviembre de 1918, éstos poderes hicieron a las masas instrumentos impotentes de la burguesía, del imperialismo y de la reacción. El poder ideológico del pasado burgués sobre el proletariado significa que en muchos de los países de Europa occidental, en Alemania y Holanda, por ejemplo, está dividido en grupos ideológicamente opuestos que obstaculizan el camino de la unidad de la clase. La socialdemocracia buscaba originariamente realizar esta unidad de clase, pero debido en parte a sus tácticas oportunistas, que sustituyeron la política de clase por políticas puramente políticas [-por el puro politiquero político-], fue infructuosa en ello: lo que hizo fue meramente aumentar el número de grupos con otro más.

En tiempos de crisis, cuando las masas son conducidas a la desesperación y a la acción, la hegemonía de ideología burguesa sobre ellas no puede impedir el decaimiento temporal del poder de su tradición, como en Alemania en noviembre de 1918. Pero luego la ideología se pone de nuevo al frente, y convierte la victoria temporal en derrota. Las fuerzas concretas que, desde nuestro punto de vista, constituyen la hegemonía de las concepciones burguesas, pueden verse en funcionamiento en el caso de Alemania: en la reverencia a consignas abstractas como «democracia»; en el poder de viejos hábitos de pensamiento y puntos programáticos, como la realización del socialismo a través de los jefes parlamentarios y de un gobierno socialista; en la falta de confianza en sí mismo del proletariado, evidenciada por el efecto sobre las masas de la prensa de sucias mentiras publicadas sobre Rusia; en la falta de fe de las masas en su propio poder; pero, por encima de todo, en su confianza en el partido, en la organización y en los dirigentes que durante décadas habían encarnado su lucha, sus objetivos revolucionarios, su idealismo. El tremendo poder mental, moral y material de las organizaciones, esas enormes máquinas creadas con esmero por las masas mismas con años de esfuerzo, que encarnaban la tradición de las formas de lucha pertenecientes a un periodo en el cual el movimiento obrero era una rama del capital en ascenso, aplastaban ahora todas las tendencias revolucionarias que estaban una vez más encendiéndose en las masas.

Este ejemplo no será el único. La contradicción entre el rápido derrumbe económico del capitalismo y la inmadurez del espíritu representada por el poder de la tradición burguesa sobre el proletariado -una contradicción que no ha tenido lugar por accidente, de manera que el proletariado no puede alcanzar la madurez de espíritu requerida para la hegemonía y la libertad dentro de un capitalismo floreciente- sólo puede resolverse por el proceso de desarrollo revolucionario, en el que los alzamientos espontáneos y las tomas del poder alternan con los retrocesos. Se vuelve muy improbable que la revolución tome un curso en que el proletariado durante mucho tiempo asalte en vano la fortaleza del capital, usando tanto los viejos como los nuevos medios de lucha, hasta que en el futuro lo conquiste de una vez por todas; las tácticas de un asedio dilatado en el tiempo y cuidadosamente diseñado, propuestas en el esquema de Radek, fracasan así. El problema táctico no es cómo ganar el poder tan rápidamente como sea posible si tal poder será meramente ilusorio -esto solamente es una opción fácil para los comunistas-, sino cómo se desarrollará en el proletariado la base del poder de clase ultimado. Ninguna «minoría resuelta» puede resolver los problemas que sólo pueden ser resueltos por la acción de la clase como un todo; y si la masa de la población permite que tenga lugar tal toma del poder sobre su cabeza con aparente indiferencia, esta no es, a pesar de todo, una masa genuinamente pasiva, sino que es capaz, en cuanto no haya sido ganada su voluntad para el comunismo, de dar la vuelta a la revolución en

cualquier momento como seguidora activa de la reacción. Y una «coalición con la horca en mano» no haría más que enmascarar tal clase de insostenible dictadura de partido⁶. Cuando un tremendo alzamiento del proletariado destruye la dominación burguesa en bancarrota, y el Partido Comunista, la vanguardia más esclarecida del proletariado, toma el mando político, tiene sólo una tarea –erradicar las fuentes de la debilidad en el proletariado por todos los medios posibles, y fortalecerlo de modo que esté plenamente a la altura de las luchas revolucionarias que el futuro le tiene en reserva-. Esto significa la elevación de las masas mismas al nivel más alto de actividad, intensificando su iniciativa, incrementando su confianza en sí mismas, para que ellas mismas sean capaces de reconocer las tareas a que son empujadas, pues sólo así éstas últimas pueden ser llevadas a cabo con éxito. Esto hace necesario romper la dominación de las formas de organización tradicionales y de los viejos dirigentes, y bajo ninguna circunstancia unirse a ellas en un gobierno de coalición; desarrollar las nuevas

6 Esta expresión se había usado para justificar la colaboración con los socialistas en la Comuna de Hungría, a la cual los anteriores dirigentes del Partido Comunista húngaro, que controlaban Kommunismus, culparon de su derrumbamiento en agosto de 1919. En el comunismo «izquierdista», Lenin insta a los comunistas británicos a que hagan campaña por el Partido Laborista donde no tengan candidato propio; «apoyarán así a Henderson como la sogá da apoyo a un colgado», y el establecimiento inminente de un gobierno de los Henderson acelerará la defunción política de este último. (Edición de Pekín, pp.90-91.) [*Nota de los traductores al inglés*]

formas, consolidar el poder material de las masas, solamente por este camino será posible reorganizar tanto la producción como la defensa contra los ataques externos del capitalismo, y ésta es la condición previa para impedir la contrarrevolución.

Tal poder como el que la burguesía posee todavía en este periodo reside en la falta de autonomía e independencia de espíritu del proletariado. El proceso de desarrollo revolucionario consiste en la autoemancipación del proletariado de esta dependencia, de las tradiciones del pasado -y esto sólo es posible a través de su propia experiencia de lucha-. Donde el capitalismo es ya una institución desde hace mucho tiempo, y en consecuencia los obreros han estado ya luchando contra él durante varias generaciones; el proletariado ha tenido en cada periodo que establecer métodos, formas y apoyos para la lucha, correspondientes a la fase contemporánea del desarrollo capitalista, y éstos han cesado pronto de ser vistos como los recursos temporales que son y, en su lugar, se los idolatró como las formas últimas, absolutas, perfectas; de este modo se han convertido, consecuentemente, en trabas al desarrollo, que tenía que interrumpirse. Mientras que la clase se pone al día a través de rupturas constantes y desarrollo rápido, los dirigentes permanecen en una fase particular, como portavoces de una fase particular, y su tremenda influencia puede detener el movimiento; las formas de acción se convierten en dogmas, y las organizaciones son elevadas al status de fines en sí mismos, haciendo con todo ello de lo más difícil la

reorientación y readaptación a condiciones de lucha cambiadas. Esto sigue aplicándose; cada fase del desarrollo de la lucha de clase debe superar las tradiciones de las fases anteriores si va a ser capaz de reconocer sus propias tareas con claridad y de llevarlas a cabo eficazmente -con la excepción de que el desarrollo está procediendo ahora a un paso mucho más rápido-. La revolución se desarrolla así a través del proceso de lucha interna. Es adentro del propio proletariado donde se desarrollan las resistencias que debe superar; y superándolas, el proletariado supera sus propias limitaciones y madura hacia el comunismo.

IV. El parlamentarismo es un obstáculo para la autoactividad del proletariado

La actividad parlamentaria y el movimiento sindical fueron las dos formas principales de lucha en la época de la Segunda Internacional.

Los congresos de la primera Asociación Internacional de Trabajadores pusieron la base de esta táctica, rebatieron concepciones primitivas pertenecientes al periodo precapitalista y pequeñoburgués y, de acuerdo con la teoría social de Marx, definieron el carácter de la lucha de clase proletaria como una lucha continua del proletariado contra el capitalismo por los medios de subsistencia, una lucha que conduciría a la conquista del poder político. Cuando el periodo de las revoluciones burguesas y de los levantamientos armados hubo llegado a su fin, esta lucha política sólo podía llevarse adelante dentro del marco de los viejos o recientemente creados Estados nacionales, y la lucha sindical estaba con frecuencia sujeta a restricciones aún más firmes. La Primera Internacional estaba, por consiguiente, predestinada a disolverse; y la lucha por las nuevas tácticas, que ella misma era incapaz de llevar a la práctica, la hizo estallar; entretanto, la tradición de las viejas concepciones y métodos de lucha permanecía viva entre los anarquistas. Las nuevas

tácticas fueron legadas por la Internacional a aquellos que tendrían que ponerlas en práctica, los sindicatos y partidos socialdemócratas que estaban floreciendo por todas partes. Cuando la Segunda Internacional se elevó como una federación holgada de los últimos, todavía tenía, de hecho, que combatir la tradición en la forma del anarquismo; pero el legado de la Primera Internacional ya formaba su base táctica indiscutible. Hoy, todo comunista sabe por qué estos métodos de lucha eran necesarios y productivos en ese momento: cuando la clase obrera se está desarrollando dentro del capitalismo ascendente no es todavía capaz de crear órganos que le permitan controlar y ordenar la sociedad, ni puede aún concebir la necesidad de hacerlo. Debe primero orientarse mentalmente y aprender a entender el capitalismo y a su clase dominante. La vanguardia del proletariado, el partido socialdemócrata, debía revelar la naturaleza del sistema a través de su propaganda y mostrar a las masas cuales son sus objetivos elevando las reivindicaciones de clase. Era, por consiguiente, necesario para sus portavoces entrar en los parlamentos, los centros de la dominación burguesa, con el propósito de elevar sus voces en las tribunas y tomar parte en los conflictos entre los partidos políticos.

Las cosas cambian cuando la lucha del proletariado entra en una fase revolucionaria. No nos concierne aquí la cuestión de por qué el sistema parlamentario es inadecuado como sistema de gobierno para las masas, y por qué debe dejar paso

al sistema de soviets, sino la cuestión de la utilización del parlamento como un medio de lucha por el proletariado⁷. Como tal, la actividad parlamentaria es el paradigma de luchas en las cuales sólo están involucrados activamente los dirigentes y en las que las masas mismas juegan un papel subordinado. Consiste en diputados individuales que sostienen la batalla principal, lo que está ligado al despertar entre las masas de la ilusión de que otros pueden realizar su lucha en su lugar. La gente solía creer que los dirigentes podían obtener importantes reformas para los obreros en el parlamento; e incluso surgió la ilusión de que los parlamentarios podrían llevar a cabo la transformación al socialismo mediante los actos del parlamento. Ahora que el parlamentarismo se ha vuelto más modesto en sus demandas, uno oye el argumento de que los diputados en el parlamento podrían hacer una importante contribución a la propaganda comunista*. Pero esto siempre significa que el énfasis principal recae en los dirigentes, y se toma por algo dado el que los especialistas determinarán la política -aun si esto se hace bajo el velo democrático de los debates y resoluciones, a través de congresos-; la historia de la

7 El resto de este párrafo y los dos siguientes son citados por Gorter en la *Carta Abierta*. [Nota de los traductores al inglés]

* Se argumentó recientemente en Alemania que los comunistas deben entrar en el parlamento para convencer a los obreros de que la lucha parlamentaria es inútil; ¡pero uno no toma una ruta errada para mostrar a otras personas que es equivocado, sino que va por la vía correcta desde el principio!

socialdemocracia es una serie de infructuosos intentos de inducir a los miembros mismos a determinar la política. Todo esto es inevitable mientras el proletariado está sosteniendo una lucha parlamentaria, mientras las masas tienen todavía que crear los órganos de su autoactividad, es decir, mientras la revolución tiene todavía que realizarse; y tan pronto como las masas empiezan a intervenir, a actuar y a tomar las decisiones en su propio nombre, las desventajas de la lucha parlamentaria se vuelven abrumadoras.

Como argumentábamos anteriormente, el problema táctico es cómo vamos a erradicar la tradicional mentalidad burguesa que paraliza la fuerza de las masas proletarias; todo lo que proporciona nuevo poder a las concepciones establecidas es nocivo. El elemento más tenaz y obstinado de esta mentalidad es la dependencia de los dirigentes, a quienes las masas dejan determinar las cuestiones generales y manejar sus asuntos de clase. El parlamentarismo tiende inevitablemente a inhibir la actividad autónoma de las masas que es necesaria para la revolución. Pueden hacerse finos discursos en el parlamento exhortando al proletariado a la acción revolucionaria; no obstante, esta última no se origina por tales palabras, sino por la dura necesidad de que no haya otra alternativa.

La revolución también exige algo más que el ataque masivo que derriba a un gobierno y que, como sabemos, no puede ser convocado por los dirigentes, sino que sólo puede brotar del impulso

profundo de las masas. La revolución requiere que sea emprendida la reconstrucción social, tomadas las decisiones difíciles, envuelta la totalidad del proletariado en la acción creativa -y esto sólo es posible si primero la vanguardia, luego un número más y más grande, toman los asuntos en sus propias manos, conocen sus propias responsabilidades, investigan, agitan, luchan, se esfuerzan, reflexionan, evalúan, se dan cuenta de las ocasiones y actúan en ellas-. Pero todo esto es difícil y laborioso; así, en tanto la clase obrera ve una salida más fácil a través de la actuación de otros en su nombre, dirigiendo la agitación desde una alta plataforma, tomando las decisiones, dando las señales para la acción, haciendo leyes -los viejos hábitos de pensamiento y las viejas debilidades le harán dudar y permanecer pasiva-.

Mientras por un lado el parlamentarismo tiene el efecto contrarrevolucionario de fortalecer la dominación de los dirigentes sobre las masas, por el otro tiene una tendencia a corromper a esos mismos dirigentes. Cuando la habilidad política personal tiene que compensar las carencias del poder activo de las masas, se desarrolla la pequeña diplomacia; cualesquiera intentos que el partido pueda haber puesto en marcha, tienen que verificar y adquirir una base legal, una posición de poder parlamentario; y de este modo, finalmente, la relación entre los medios y los fines se invierte; ya no hay ningún parlamento que sirva como medio hacia el comunismo, sino el comunismo el que se pone en pie como consigna anunciadora para la

política parlamentaria. En el proceso, sin embargo, el propio partido comunista asume un carácter diferente. En lugar de una vanguardia que agrupa la clase entera detrás suyo con el propósito de la acción revolucionaria, se convierte en un partido parlamentario con el mismo status legal que los otros, uniéndose a sus disputas; una nueva edición de la vieja socialdemocracia bajo los nuevos esloganes radicales. Siendo así que puede haber un antagonismo no esencial, un conflicto no interno entre la clase obrera revolucionaria y el partido comunista -puesto que el partido encarna una forma de síntesis entre la conciencia de clase proletaria más lúcida y su creciente unidad-, la actividad parlamentaria hace pedazos esta unidad y crea la posibilidad de tal conflicto: en lugar de unificar a la clase, el comunismo se convierte en un nuevo partido con sus propios jefes de partido, un partido que cae en lo que los otros y que perpetúa así la división política de la clase. Todas estas tendencias se atajarán sin duda, una vez más, por el desarrollo de la economía en un sentido revolucionario; pero incluso en los primeros inicios de este proceso sólo pueden dañar al movimiento revolucionario, inhibiendo el desarrollo de una lúcida conciencia de clase; y cuando la situación económica favorece temporalmente la contrarrevolución, esta política allanará el camino para una desviación de la revolución al terreno de la reacción.

Lo grande y verdaderamente comunista de la Revolución rusa es, por encima de todo, el hecho de

que ha despertado la autoactividad de las masas, y ha puesto en ignición su energía espiritual y física para construir y sostener una nueva sociedad. Abrir a las masas a esta conciencia de su propio poder es algo que no puede lograrse súbitamente, todo de una vez, sino únicamente en fases; una fase en este camino a la independencia es el rechazo del parlamentarismo. Cuando, en diciembre de 1918, el Partido Comunista de Alemania, recientemente formado, resolvió boicotear la Asamblea Nacional, esta decisión no procedía de una ilusión inmadura en una victoria rápida y fácil, sino de la necesidad del proletariado de emanciparse de su dependencia psicológica de los representantes parlamentarios - una reacción necesaria contra la tradición de la socialdemocracia- porque el camino a la autoactividad podía ahora verse ubicado en la construcción del sistema de consejos. No obstante, la mitad de los componentes en ese momento, aquellos que se hubieron de permanecer en el KPD, readoptaron el parlamentarismo con el reflujo de la revolución: con qué consecuencias está por verse, pero en parte ya se ha demostrado. También en otros países la opinión está dividida entre los comunistas, y muchos grupos quieren abstenerse de la actividad parlamentaria incluso antes del estallido de la revolución. La disputa internacional sobre el uso del parlamento como método de lucha será, de este modo, claramente uno de los principales problemas tácticos dentro de la Tercera Internacional durante los próximos años.

De cualquier modo, todo el mundo está de acuerdo en que la actividad parlamentaria sólo constituye un aspecto subsidiario de nuestras tácticas. La Segunda Internacional fue capaz de desarrollarse hasta el punto de que había sacado a la luz y puesto al desnudo la esencia de las nuevas tácticas: que el proletariado sólo puede vencer sobre el imperialismo con las armas de acción de masas. La Segunda Internacional misma no era ya capaz de emplearlas; estaba constreñida a derrumbarse cuando la guerra mundial situó la lucha de clase revolucionaria en un plano internacional. El legado de los primeros internacionalistas era la fundación natural de la nueva internacional: la acción de masas del proletariado hasta el punto de la huelga general y la guerra civil constituye la plataforma táctica común de los comunistas. En la actividad parlamentaria el proletariado está dividido en naciones, y no es posible una intervención genuinamente internacional; en la acción de masas contra el capital internacional las divisiones nacionales se desvanecen, y cada movimiento, a cualquiera de los países que se extienda o esté limitado, es parte de una sola lucha mundial.

V. El papel contrarrevolucionario de los sindicatos

Así como la actividad parlamentaria encarna el dominio espiritual de los dirigentes sobre las masas obreras, del mismo modo el movimiento sindical encarna su autoridad material. Bajo el capitalismo, los sindicatos forman las organizaciones naturales para el reagrupamiento del proletariado; y Marx acentuó su importancia como tales desde el principio. En el capitalismo desarrollado, y más aun en la época del imperialismo, los sindicatos se han convertido en enormes confederaciones que manifiestan las mismas tendencias de desarrollo que el Estado burgués en un periodo más temprano. Ha crecido dentro de ellas una clase de funcionarios, una burocracia, que controla todos los recursos de la organización -los fondos, la prensa, la designación de funcionarios; frecuentemente tienen incluso poderes de mayor alcance, así que han cambiado de ser los servidores de la colectividad a hacerse sus amos, y se han identificado con la organización-. Y los sindicatos también se asemejan al Estado y a su burocracia en que, a pesar de las formas democráticas, la voluntad de los miembros es incapaz de prevalecer contra la burocracia; cada revuelta se quiebra en el aparato cuidadosamente construido de reglamentos y estatutos antes de que pueda sacudir la jerarquía. Sólo después de años de tenaz persistencia puede a

veces una oposición registrar un éxito limitado, y usualmente esto se reduce a un cambio en el personal. En los últimos años, antes y desde la guerra, esta situación ha dado lugar frecuentemente, por consiguiente, a rebeliones de los miembros en Inglaterra, Alemania y América; han luchado por iniciativa propia, contra la voluntad de la jefatura o las decisiones del propio sindicato. Que esto deba parecer natural y ser tomado como tal es una expresión del hecho de que la organización no es simplemente un órgano colectivo de los miembros, sino como si fuese algo ajeno a ellos; que los obreros no controlan su unión sindical, sino que ésta permanece por encima de ellos como una fuerza externa contra la cual pueden rebelarse, aunque ellos mismos sean la fuente de su fuerza – una vez más, como el Estado mismo-. Si la revuelta se apaga, el viejo orden se establece de nuevo; sabe como afirmarse a sí mismo a pesar del odio y del amargor impotente de las masas, puesto que él cuenta con la indiferencia de estas masas y con su falta de visión clara y de propósito unitario y persistente, y se sostiene por la necesidad interna de la organización sindical como el único medio de encontrar la fuerza numérica contra el capital.

Fue por medio de combatir al capital, combatiendo sus tendencias al empobrecimiento absoluto, poniendo límites a este último y haciendo posible de este modo la existencia de la clase obrera, como el movimiento sindical cumplió su papel en el capitalismo, y esto le hizo un miembro de la propia sociedad capitalista. Pero, una vez el

proletariado deja de ser un miembro de la sociedad capitalista y, con el advenimiento de la revolución, deviene su destructor, el sindicato entra en conflicto con el proletariado.

Se vuelve legalista, un partidario abierto del Estado y reconocido por este último, hace de la «expansión de la economía antes que la revolución» su consigna, o en otras palabras, el mantenimiento del capitalismo. Hoy, en Alemania, millones de proletarios, hasta ahora intimidados por el terrorismo de la clase dominante, están fluyendo a los sindicatos sin mezcla alguna de timidez y militancia incipiente. La semejanza de las confederaciones sindicales, que ahora abarcan casi a la clase obrera entera, con la estructura estatal, está volviéndose aun más íntima. Los funcionarios sindicales colaboran con la burocracia estatal no sólo usando su poder para someter a la clase obrera en nombre del capital, sino también con el hecho de que su «política» equivale cada vez más a engañar las masas por medios demagógicos y a asegurar su consentimiento de los tratos que los sindicatos han hecho con los capitalistas. Y los métodos empleados incluso varían según las condiciones: por medios ásperos y brutales en Alemania, donde los jefes sindicales han desmovilizado a los obreros con el trabajo a destajo (piece-work: *trabajo por piezas*) y largas horas de trabajo; por medio de la coerción y la decepción hábil, sutil y refinada en Inglaterra, donde los mandarines sindicales, como el gobierno, dan la apariencia de permitirse ser empujados a regañadientes por los obreros, mientras en realidad

están sabotando las reivindicaciones de los últimos.

La insistencia de Marx y de Lenin de que el modo en que el Estado está organizado evita su uso como un instrumento de la revolución proletaria, a pesar de sus formas democráticas, debe también aplicarse por consiguiente a las organizaciones sindicales. Su potencial contrarrevolucionario no puede destruirse o disminuir por un cambio de personal, por la substitución de los dirigentes reaccionarios por dirigentes radicales o «revolucionarios». Es la forma de organización la que vuelve a las masas casi impotentes y les impide hacer del sindicato un órgano de su voluntad. La revolución sólo puede tener éxito destruyendo esta organización, es decir, revolucionando tan completamente su estructura organizativa que se vuelva algo completamente diferente. El sistema de soviets, construido desde el interior, no sólo es capaz de desenraizar y abolir la burocracia estatal, sino igualmente la burocracia sindical; no sólo formará los nuevos órganos políticos para reemplazar el parlamento, sino también la base de los nuevos sindicatos. La idea de que una forma organizativa particular es revolucionaria ha sido ironizada despreciativamente en las disputas de partido en Alemania, sobre el fundamento de que lo que cuenta es la mentalidad revolucionaria de los miembros. Pero si el elemento más importante de la revolución consiste en que las masas toman sus propios asuntos -la dirección de sociedad y de la producción- en sus propias manos, entonces cualquier forma de organización que no

permita el control y la dirección por las masas mismas es contrarrevolucionaria y dañina, y debe por tanto ser reemplazada por otra forma que sea revolucionaria en cuanto que capacite a los obreros mismos para determinar todo activamente. Esto no quiere decir que esta forma haya de ser estructurada dentro de una fuerza de trabajo todavía pasiva, atendiendo al sentimiento revolucionario de los obreros para actuar dentro de ella en el futuro: esta nueva forma de organización sólo puede ser estructurada en el proceso de la revolución, mediante la intervención revolucionaria realizada por los obreros. Pero el reconocimiento del papel jugado por la forma actual de organización determina la actitud que los comunistas tienen que tomar con respecto a los esfuerzos que se están haciendo ya para debilitar o reventar esta forma.

Los esfuerzos por mantener el aparato burocrático tan pequeño como sea posible y por volver la vista a la efectividad de la actividad de las masas han sido particularmente marcados en el movimiento sindicalista, e incluso más aún en el movimiento de las uniones «industriales». Esta es la razón de que tantos comunistas se hayan pronunciado por el apoyo a estas organizaciones contra las confederaciones centrales. Sin embargo, mientras tanto el capitalismo permanezca intacto, estas nuevas formaciones no pueden asumir ningún papel comprensivo -la importancia del IWW americano deriva de circunstancias particulares, a saber, la existencia de un numeroso e inexperto

proletariado, en gran medida de extracción ajena a las viejas confederaciones. El movimiento de comités de fábrica y el movimiento de los delegados de fábrica en Inglaterra están mucho más próximos al sistema de soviets, en tanto que son órganos de masas formados en oposición a la burocracia en el curso de la lucha. Las «uniones» en Alemania están aun más deliberadamente modeladas según la idea del soviet, pero el estancamiento de la revolución las ha dejado débiles. Cada nueva formación de este tipo, que debilita las confederaciones centrales y su cohesión interna, remueve un impedimento a la revolución y debilita el potencial contrarrevolucionario de la burocracia sindical. La noción de mantener juntas todas las fuerzas opositoras y revolucionarias dentro de las confederaciones con objeto de que se se apropien finalmente de esas organizaciones como una mayoría y las revolucionen es ciertamente tentadora. Pero, en primer lugar, es una esperanza vana, tan fantástica como la referida noción de tomar el partido socialdemócrata, porque la burocracia ya sabe cómo tratar con una oposición antes de que llegue a ser demasiado peligrosa. Y en segundo lugar, la revolución no procede según un programa uniforme, sino que las explosiones elementales por parte de grupos apasionadamente activos siempre juega un papel particular dentro de ella como una fuerza que la conduce hacia delante. Si los comunistas fuesen a defender las confederaciones centrales contra tales iniciativas, fuera de consideraciones oportunistas de ganancia

temporal, reforzarían las inhibiciones que más tarde serán su obstáculo más formidable.

La formación de los soviets, de sus propios órganos de poder y de acción, por los obreros, en sí misma significa la desintegración y disolución del Estado. Como forma de organización mucho más reciente, y creada por el propio proletariado, el sindicato sobrevivirá durante mucho tiempo, porque tiene sus raíces en una tradición mucho más viva de experiencia personal, y una vez se haya zafado de las ilusiones en el Estado democrático, exigirá en consecuencia un lugar en el mundo conceptual del proletariado. Pero dado que los sindicatos han emergido del propio proletariado, como productos de su propia actividad creativa, es en este campo donde veremos las más nuevas formaciones como continuos intentos de adaptarse a las nuevas condiciones; siguiendo el proceso de la revolución, se construirán nuevas formas de lucha y de organización sobre el modelo de los soviets, en un proceso de constante transformación y desarrollo.

VI. Las tareas del proletariado de Europa occidental

La concepción de que la revolución en Europa occidental tomará la forma de un asedio ordenado a la fortaleza del capital, que el proletariado -organizado por el Partido Comunista en un ejército disciplinado, y usando armas probadas en el tiempo- la asaltará repetidamente hasta que el enemigo se rinda, es una perspectiva neo-reformista que ciertamente no corresponde a las condiciones de lucha en los viejos países capitalistas. Aquí y allí pueden ocurrir revoluciones y conquistas del poder que rápidamente se conviertan en derrota; la burguesía podrá reafirmar su dominación, pero esto resultará en un desorden aun mayor de la economía; las formas de transición que puedan surgir, debido a su inadecuación, sólo prolongarán el caos. Deben cumplirse ciertas condiciones en cualquier sociedad para que el proceso social de producción y de existencia colectiva sea posible, y estas relaciones adquieren la persistencia firme de hábitos espontáneos y normas morales -el sentido del deber, la diligencia, la disciplina-: en primera instancia, el proceso de la revolución consiste en liberarse de estas viejas relaciones. Su decadencia es un derivado necesario de la disolución del capitalismo, mientras los nuevos vínculos que corresponden a la reorganización comunista del trabajo y de la sociedad, cuyo desarrollo hemos atestiguado en Rusia, tienen

todavía que volverse lo suficientemente fuertes. Así, un periodo de transición de caos social y político se vuelve inevitable. Donde el proletariado es capaz de tomar el poder rápidamente y conservar un firme dominio sobre él, como en Rusia, el periodo de transición puede ser corto, y puede ser llevado rápidamente a su fin mediante la construcción positiva. Pero, en Europa occidental, el proceso de destrucción se alargará mucho más. En Alemania vemos la escisión de la clase obrera en grupos en los que este proceso ha alcanzado fases diferentes, y que, por tanto, no pueden todavía alcanzar la unidad en la acción. Los síntomas de movimientos revolucionarios recientes indican que la nación entera, y de hecho, Europa Central en conjunto, está en disolución, que las masas populares se fragmentan en estratos y regiones separados, con cada cual actuando por su cuenta: en una parte las masas se traen entre manos armarse y ganar más o menos poder político; en otra parte paralizan el poder de la burguesía en movimientos huelguísticos; en tercer lugar, se excluyen a sí mismas como si fuesen una república campesina, y en alguna otra parte apoyan a los guardias blancos, o quizás apartan a un lado los remanentes del feudalismo a través de primitivas revueltas agrarias -la destrucción debe obviamente ser cabal antes de que podamos empezar a pensar en la construcción real del comunismo-. No puede ser tarea del Partido Comunista actuar como maestro de escuela en este levantamiento y realizar esfuerzos en vano para atarlo con la camisa de fuerza de las formas tradicionales; su tarea es apoyar las fuerzas del

movimiento proletario en todas partes, interconectar las acciones espontáneas, proporcionarles una idea amplia de cómo están relacionadas unas con otras, y con esto prepara la unificación de las acciones dispares y se pone de este modo a la cabeza del movimiento en su conjunto.

La primera fase de la disolución del capitalismo será vista en los países de la Entente, donde su hegemonía sigue todavía imbatible, como un declive irresistible en la producción y en el valor de sus monedas, un aumento en la frecuencia de las huelgas y una fuerte aversión al trabajo entre el proletariado. La segunda fase, el periodo de la contrarrevolución, es decir, la hegemonía política de la burguesía en la época de la revolución, significa el derrumbe económico completo; podemos estudiar esto mejor en Alemania y en el resto de Europa Central. Si un sistema comunista hubiese surgido inmediatamente después de la revolución política, la reconstrucción organizada podría haber empezado a pesar de los tratados de paz de Versalles y Saint Germain, a pesar de la pobreza y del agotamiento. Pero el régimen de Ebert-Noske no pensó en la reconstrucción organizada más de lo que lo hicieron Renner y Bauer⁸; dieron a la burguesía manos libres y consideraron como su deber solamente la supresión del proletariado. La burguesía, o más

8 Karl Renner era el líder del ala revisionista del Partido Socialdemócrata Austriaco; Otto Bauer fue Secretario Exterior austriaco de noviembre de 1918 a julio de 1919.
[Nota de los traductores al inglés]

bien cada burgués individual, actuó de una manera característicamente burguesa; cada uno de ellos sólo pensó en obtener tantos beneficios como fuese posible y en rescatar para su uso personal cualquier cosa que pudiese salvarse del cataclismo. Es cierto que se hablaba en los periódicos y en los manifiestos de la necesidad de reconstruir la vida económica mediante el esfuerzo organizado, pero esto era simplemente para consumo de los obreros, frases finas para ocultar el hecho de que, a pesar de su agotamiento, estaban rigurosamente compelidos a trabajar en las condiciones más intensivas posibles. En realidad, por supuesto, ni un solo burgués se preocupó una pizca por el interés general nacional, sino sólo por su ganancia personal. Al principio, el comercio se convirtió en el medio principal del enriquecimiento privado, como solía ser en los viejos tiempos; la depreciación del dinero proporcionó la oportunidad de exportar todo lo que se necesitase para la expansión económica o incluso para la mera supervivencia de las masas -las materias primas, la comida, los productos elaborados, los medios de producción, y después de eso, las fábricas mismas y la propiedad-. La extorsión reinó por todas partes entre los estratos burgueses, apoyada por la corrupción desenfrenada por parte de la burocracia oficial. Y de la misma manera todas sus posesiones anteriores, y todo lo que no iba a ser entregado como indemnizaciones de guerra, fue despachado en el extranjero por los «dirigentes de la producción». Lo mismo que en el dominio de la producción, la prosecución del beneficio privado intervino para arruinar la vida

económica por su indiferencia total hacia el bienestar común. Para forzar a los proletarios al trabajo a destajo y al aumento del horario de trabajo, o para librarse de los elementos rebeldes de entre ellos, cerraron las puertas (lock-out) y pararon las fábricas, sin tener en cuenta el estancamiento que como consecuencia causaban a lo largo de la industria restante. Aún encima, vino la incompetencia de la administración burocrática en las empresas estatales, que degeneraba en la vacilación absoluta cuando se echaba de menos la mano poderosa del gobierno. La restricción de la producción, el método más primitivo de elevar los precios, y que la competencia daría por imposible en una economía capitalista saludable, se volvió respetable una vez más. En los registros del mercado de acciones el capitalismo parece estar floreciendo de nuevo, pero los altos dividendos están consumiendo la última propiedad que quedaba y están siendo ellos mismos desperdiciados poco a poco en los lujos. Lo que hemos atestiguado en Alemania durante el último año no es algo excepcional, sino el funcionamiento del carácter de clase general de la burguesía. Su único objetivo es, y siempre ha sido, el beneficio personal, que en el capitalismo normal sostiene la producción, pero que acarrea la destrucción total de la economía cuando el capitalismo degenera. Y las cosas seguirán el mismo curso en otros países; una vez la producción se haya dislocado más allá de cierto punto, y el dinero se haya depreciado agudamente, entonces se producirá el derrumbe completo de la economía si se le da vía libre a la prosecución del beneficio

privado por la burguesía -y a esto es a lo que equivale la hegemonía política de la burguesía, cualquiera que sea el partido no comunista que se pueda esconder detrás-.

Las dificultades de la reconstrucción que enfrenta el proletariado de Europa occidental en estas circunstancias son de lejos mayores que lo que lo fueron en Rusia -la ulterior destrucción de fuerzas productivas industriales por Kolchak y Denikin es, en comparación, una pálida sombra-. La reconstrucción no puede esperar por un nuevo orden político para ser puesta en marcha, debe ser iniciada en el mismísimo proceso de la revolución, mediante la apropiación por el proletariado de la organización de la producción y la abolición del mando de la burguesía sobre los materiales esenciales para la vida, dondequiera que el proletariado gane el poder. Los consejos de fábrica pueden servir para supervisar el uso de los bienes en las fábricas; pero está claro que esto no puede prevenir todo el chantaje antisocial de la burguesía. Para realizar esto es necesaria la utilización más resuelta del poder político armado. Donde los usureros y explotadores derrochan temerariamente la riqueza nacional sin atender al bien común, donde la reacción armada asesina y destruye ciegamente, el proletariado debe intervenir y luchar sin medias tintas para proteger el bien común y la vida de la población.

Las dificultades de la reorganización de una sociedad que ha sido completamente destruida son

tan grandes que parecen insuperables antes de que suceda, y esto hace imposible disponer por adelantado de un programa para la reconstrucción. Pero deben ser superadas, y el proletariado las superará mediante el infinito autosacrificio y compromiso, el poder ilimitado del alma y del espíritu, y las tremendas energías psicológicas y morales que la revolución es capaz de despertar en su debilitado y torturado almacén.

Llegados a este punto, unos cuantos problemas pueden mencionarse de pasada. La cuestión de los cuadros técnicos en la industria sólo dará lugar a dificultades temporales: aunque su pensamiento es burgués de cabo a rabo, y son profundamente hostiles a la dominación proletaria, se conformarán al final a pesar de todo. Lograr poner en movimiento el comercio y la industria será por encima de todo una cuestión del abastecimiento de materias primas; y esta cuestión coincide con la de los productos de alimentación. La cuestión del abastecimiento de alimentos es central para la revolución en Europa occidental, dado que la población altamente industrializada no puede manejarse incluso bajo el capitalismo sin importaciones del extranjero. Para la revolución, no obstante, la cuestión del suministro de alimentos está íntimamente ligada al conjunto de la cuestión agraria, y los principios de regulación comunista de la agricultura deben influir en la toma de medidas para tratar con el hambre incluso durante la revolución. Las fincas de los hacendados (*Junker*) y la propiedad a gran escala de la tierra están listas

para la expropiación y la explotación colectiva; los pequeños granjeros estarán libres de toda la opresión capitalista y serán alentados a adoptar métodos de cultivo intensivo a través del apoyo y las ayudas de toda clase del Estado y de los acuerdos cooperativos; los granjeros medios -que poseen a medias la tierra en el oeste y suroeste de Alemania, por ejemplo- tienen una mentalidad fuertemente individualista y por tanto anticomunista, pero su posición económica es todavía inexpugnable: no pueden por lo tanto ser expropiados, y tendrán que ser integrados dentro de la esfera del proceso económico como un todo a través del intercambio de productos y del desarrollo de la productividad, puesto que sólo con el comunismo puede desarrollarse la máxima productividad de la agricultura y ser trascendida la empresa individual introducida por el capitalismo. Se sigue que los obreros verán en los propietarios de tierras una clase hostil, y aliados de la revolución en los obreros rurales y los pequeños granjeros, aún cuando no tengan motivos para hacerse enemigos del estrato de granjeros medios, incluso aunque éste último pueda ser de una disposición hostil hacia ellos. Esto significa que durante el primer periodo de caos precedente al establecimiento de un sistema de intercambio de productos, las requisas sólo deben llevarse a cabo como una medida de emergencia entre estos estratos, como una operación equilibrante absolutamente ineludible entre la carestía, en los pueblos y en el país. La lucha contra el hambre tendrá que ser abordada principalmente mediante las importaciones del extranjero. La Rusia

soviética, con sus ricas existencias de comestibles y materias primas, salvará y proveerá de este modo a la revolución en Europa occidental. La clase obrera de Europa occidental tiene así el mayor y más personal interés en la defensa y el apoyo a la Rusia soviética.

La reconstrucción de la economía, que será desmesuradamente difícil, no es el principal problema para el Partido Comunista. Cuando las masas proletarias desarrollen su potencial intelectual y moral hasta su plenitud, lo resolverán por sí mismas. El primer deber del Partido Comunista es elevar y fomentar este potencial. Debe erradicar todas las ideas establecidas que dejan al proletariado tímido e inseguro de sí mismo, posicionarse contra todo lo que engendra ilusiones entre los obreros sobre cursos más fáciles y los refrena de medidas más radicales; oponerse enérgicamente a todas las tendencias que lo paran en seco ante medias medidas o compromisos. Y hay todavía muchas de tales tendencias.

VII. Las últimas barreras del capital: los gobiernos socialistas o los sindicatos

La transición del capitalismo al comunismo no procederá de acuerdo con un esquema simple de conquista del poder político, introducción del sistema de consejos y luego abolición del comercio privado, aun cuando esto represente el amplio contorno de su desarrollo. Eso sólo sería posible si uno pudiera emprender la reconstrucción en una especie de vacío. Pero fuera del capitalismo se han desarrollado formas de producción y de organización que tienen firmes raíces en la conciencia de las masas, y que sólo pueden ser derrocadas en un proceso de revolución política y económica. Ya hemos mencionado las formas agrarias de producción, que tendrán que seguir un curso particular de desarrollo. Han brotado en la clase obrera bajo el capitalismo formas de organización, diferentes en sus particularidades de un país a otro, que representan una fuerza poderosa que no puede ser inmediatamente abolida, y que jugará así un papel importante en el curso de la revolución.

Esto se aplica en primera instancia a los partidos políticos. El papel de la socialdemocracia en la crisis presente del capitalismo se conoce suficientemente bien, pero en Europa Central ha agotado

prácticamente su energía. Incluso sus secciones más radicales, como el USP en Alemania, ejercen una influencia nociva, no sólo dividiendo al proletariado sino, sobre todo, confundiendo a las masas y retrayéndolas de la acción con sus nociones socialdemócratas de dirigentes políticos que dirigen el destino del pueblo a través de sus actos y relaciones. Y si el Partido Comunista se constituye en partido parlamentario que, en lugar de intentar afirmar la dictadura de la clase, intenta establecer la del partido -es decir, la de la jefatura del partido- entonces también puede convertirse en un estorbo para el desarrollo. La actitud del Partido Comunista de Alemania durante el movimiento revolucionario de marzo, cuando anunció que el proletariado no estaba todavía maduro para la dictadura y que se encontraría, por consiguiente, con un «gobierno genuinamente socialista» que podría formarse como una «oposición leal», refrena en otros términos al proletariado de empeñarse en la lucha revolucionaria más feroz contra tal gobierno, y fue ella misma criticada desde muchos sectores*.

Un gobierno de los jefes del partido socialista puede surgir en el curso de la revolución como una forma de transición; esto estará expresando un equilibrio temporal entre las fuerzas revolucionarias y las burguesas, y tenderá a congelar y perpetuar el equilibrio temporal entre la destrucción de lo viejo y el desarrollo de lo nuevo. Sería algo así como una

* Veá, por ejemplo, las críticas penetrantes del camarada Koloszyar en el semanario vienés *Kommunismus*.

versión más radical del régimen de Ebert-Haase-Dittmann⁹; y su base muestra lo que puede esperarse de él: un equilibrio aparente entre las clases hostiles, pero bajo la preponderancia de la burguesía, una mezcla de democracia parlamentaria y un tipo de sistema de consejos para los obreros, la socialización sujeta al veto del imperialismo de los poderes de la Entente con el mantenimiento de los beneficios del capital, intentos fútiles para prevenir el choque violento de las clases. Son siempre los obreros los que reciben los golpes en tales circunstancias. Un régimen de esta clase no sólo no puede lograr nada en lo que se refiere a la reconstrucción, incluso tampoco lo intenta, dado que su único objetivo es detener la revolución en el medio curso. Puesto que intenta, a la vez, impedir la desintegración ulterior del capitalismo y también el desarrollo pleno del poder político del proletariado, sus efectos son directamente contrarrevolucionarios. Los comunistas no tienen otra elección que luchar contra tales regímenes de la manera más intransigente.

Así como en Alemania el Partido Socialdemócrata era anteriormente la organización dirigente del proletariado, así en Inglaterra lo era el movimiento sindicalista que, en el curso de casi un siglo de historia, ha sofocado las raíces más profundas de la clase obrera. Ha sido durante mucho tiempo el ideal

9 Ebert, Haase y Dittmann eran los miembros del Consejo de Comisionados del Pueblo, al que fue dada la autoridad suprema por la revolución de noviembre. [Nota de los traductores al inglés]

para la clase obrera, por parte de los dirigentes sindicalistas más jóvenes -Robert Smillie es un ejemplo típico-, gobernar la sociedad por medio de la organización sindical. Incluso los sindicalistas revolucionarios y los portavoces del IWW en América, aunque afiliados a la Tercera Internacional, imaginan la dominación futura del proletariado principalmente siguiendo estas líneas. Los sindicalistas radicales no ven el sistema de soviets como la forma más pura de la dictadura proletaria, sino como un régimen de políticos e intelectuales construido sobre la base de las organizaciones de la clase obrera. Por otro lado, ven el movimiento sindical como la organización natural del proletariado, creada por el proletariado, que se autogobierna dentro de ella y que persistirá para gobernar la totalidad del proceso de trabajo. Una vez que el viejo ideal de la «democracia industrial» ha sido realizado, y que el sindicato es el amo en la fábrica, su órgano colectivo, el congreso del sindicato, asumirá la función de dirigir y administrar la economía como un todo. Será entonces el auténtico «parlamento del trabajo» y reemplazará al viejo parlamento burgués de partidos. No obstante, estos círculos huyen a menudo de una dictadura de clase unilateral e injusta en tanto infracción de la democracia; el trabajo ha de dominar, pero los otros no han de estar sin derechos. Por consiguiente, además del parlamento del trabajo, que gobierna el trabajo, la base de la vida, una segunda institución podría elegirse por sufragio universal para representar a toda la nación y ejercer su influencia en las

materias públicas y culturales, y en las cuestiones de interés político general.

Esta concepción del gobierno por los sindicatos no debe confundirse con el «laborismo», la política del «Partido Laborista», que es actualmente dirigida por los sindicalistas. Estos últimos se posicionan por la penetración del actual parlamento burgués por parte de los sindicatos, que construirán un «partido obrero» sobre el mismo fundamento que los otros partidos, con objeto de convertirse en el partido de gobierno en su lugar. Este partido es completamente burgués, y hay poco para escoger entre Henderson y Ebert. Proporcionará a la burguesía inglesa la oportunidad de continuar sus viejas políticas sobre una base más amplia tan pronto como la amenaza de la presión desde abajo lo haga necesario, y por eso debilita y confunde a los obreros llevando a sus dirigentes al gobierno. Un gobierno del partido obrero, algo que parecía inminente hace un año cuando las masas estaban con un ánimo tan revolucionario, pero que los dirigentes mismos han pospuesto para el futuro distante conteniendo a la corriente radical, no habría sido, como el régimen de Ebert en Alemania, otra cosa que un gobierno en nombre de la burguesía. Aún está por ver si la astuta y perspicaz burguesía inglesa no confía en sí misma para anular y suprimir a las masas más eficazmente que estos burócratas de la clase obrera.

Un genuino gobierno del sindicato, como es concebido por los radicales, es tan distinto de la

política de este partido obrero, de este «laborismo», como la revolución lo es de la reforma. Sólo una revolución real en las relaciones políticas -violenta o de acuerdo con los viejos modelos ingleses- podría producirlo; y a los ojos de las amplias masas, representaría la conquista del poder por el proletariado. Pero, no obstante, es algo totalmente distinto de la finalidad del comunismo. Se basa en la ideología limitada que se desarrolla en las luchas sindicales, donde uno no se confronta con el capital mundial en conjunto con todas sus formas entrelazadas -el capital financiero, el capital bancario, el capital agrícola, el capital colonial-, sino únicamente en su forma industrial. Se basa en la economía marxista, que ahora está estudiándose ávidamente entre la clase obrera inglesa, y la cual muestra que la producción es un mecanismo de explotación, pero sin la teoría social marxista más profunda, el materialismo histórico. Reconoce que el trabajo constituye la base del mundo y quiere así que el trabajo gobierne el mundo; pero no ve que todas las esferas abstractas de la vida política e intelectual están determinadas por el modo de producción, y se dispone por tanto a dejarlas a la Intelectualidad burguesa, con tal de que la última reconozca la primacía del trabajo. Tal régimen obrero sería en realidad un gobierno de la burocracia sindical complementado con la sección radical de la vieja burocracia estatal, que dejaría a cargo de los especialistas los ámbitos de la cultura, la política y demás, sobre el fundamento de su competencia especial en estas materias. Es obvio que su programa económico no coincidirá con la

expropiación comunista, sino que como más llegará solamente a la expropiación del gran capital, mientras los beneficios «honestos» de los empresarios menores, hasta ahora esquilados y subordinados por el gran capital, serán repuestos. Es incluso dudoso que asuman la perspectiva de la libertad completa para la India, un elemento integrante del programa comunista en la cuestión colonial, y nervio vital de la clase dominante de Inglaterra.

No puede predecirse de qué manera, hasta qué grado y con qué pureza una forma política de este tipo será realizada. La burguesía inglesa siempre ha entendido el arte de usar las concesiones a buen tiempo para contener al movimiento hacia objetivos revolucionarios; por cuanto tiempo sea capaz de continuar esta táctica en el futuro dependerá en primer lugar de la profundidad de la crisis económica. Si la disciplina sindical es erosionada desde abajo por incontables revueltas industriales y el comunismo toma arraigo en las masas, entonces los sindicalistas reformistas y radicales estarán de acuerdo en una línea común; si la lucha se agudiza contra la vieja política reformista de los dirigentes, los sindicalistas radicales y los comunistas irán de la mano.

Estas tendencias no se limitan a Inglaterra. Los sindicatos son las organizaciones obreras más poderosas en cualquier país; tan pronto como un choque político vuelca el viejo poder estatal, caerá inevitablemente en manos de los mejor organizados

y que tengan mayor fuerza de influencia a su disposición. En Alemania, en noviembre de 1918, los ejecutivos del sindicato formaron la guardia contrarrevolucionaria tras Ebert; y en la reciente crisis de marzo, entraron en la arena política en un intento de ganar influencia directa en la composición del gobierno. El único propósito de este apoyo al régimen de Ebert era engañar al proletariado de la forma más sutil con el fraude de un «gobierno bajo el control de las organizaciones obreras». Pero esto muestra que la misma tendencia existe tanto aquí como en Inglaterra. Y aún si los Legiens y los Bauers¹⁰ están empujados por la contrarrevolución, los nuevos sindicalistas radicales de la tendencia del USP tomarán su lugar justo como el año pasado los Independientes bajo Dissmann ganaron la dirección de la gran federación de los obreros metalúrgicos. Si un movimiento revolucionario derroca el régimen de Ebert, esta fuerza cohesionadamente organizada de siete millones estará, indudablemente, lista para tomar el poder, en conjunción con el PC o en oposición a él.

Un «gobierno de la clase obrera» según estas líneas y mediante los sindicatos no puede ser

10 Karl Legien era presidente de la Comisión General de Sindicatos desde 1890 y de su sucesora, la ADGB (Allgemeiner Deutscher Gewerkschaftsbund), desde su formación en 1919; Gustav Bauer, otro dirigente sindical, se convirtió en Ministro de Trabajo en 1919 y consecuentemente en Canciller. [Nota de los traductores al inglés]

estable; aunque pueda ser capaz de sostenerse a sí mismo por mucho tiempo durante un lento proceso de declive económico, en una crisis revolucionaria aguda sólo será capaz de sobrevivir como un vacilante fenómeno de transición. Su programa, tal como hemos perfilado anteriormente, no puede ser radical. Pero una corriente que apruebe tales medidas, no como una forma de transición temporal, como hace el comunismo, para ser a lo sumo utilizada deliberadamente con el propósito de construir una organización comunista, sino como un programa definitivo, debe necesariamente entrar en conflicto con y en antagonismo hacia las masas. Primeramente, porque no vuelve a los elementos burgueses completamente impotentes, sino que les concede una cierta posición de poder en la burocracia y quizás en el parlamento, desde los cuales pueden continuar haciendo la lucha de clase. La burguesía hará lo posible para consolidar estas posiciones de fuerza, mientras que el proletariado, a causa de que no puede aniquilar a la clase hostil bajo estas condiciones, debe intentar establecer un sistema de auténticos soviets como el órgano de su dictadura; en esta batalla entre dos poderosos oponentes, la reconstrucción económica será imposible*. Y segundo, porque un gobierno de

* La ausencia de métodos de coerción obvios e intimidantes en manos de la burguesía en Inglaterra también inspira la ilusión pacifista de que la revolución violenta no es necesaria allí, y de que esa construcción pacífica desde abajo, como en el movimiento gremial y los comités de fábrica, se ocupará de todo. Ciertamente, es verdad que el arma más potente de la burguesía inglesa ha sido hasta ahora la sutil decepción en lugar de la fuerza armada; pero

dirigentes sindicales de esta clase no puede resolver los problemas que la sociedad se plantea; pues éstos últimos sólo pueden resolverse a través de la propia iniciativa y actividad de las masas proletarias, impulsada por el autosacrificio y el entusiasmo ilimitado que sólo el comunismo, con todas sus perspectivas de libertad total y suprema elevación intelectual y moral, puede proporcionar. Una corriente que busca abolir la pobreza material y la explotación, pero que deliberadamente se confina a esta meta, que deja la superestructura burguesa intacta y al mismo tiempo se retrae de revolucionar la perspectiva mental y la ideología del proletariado, no puede liberar estas grandes energías en las masas; y de este modo será incapaz de resolver los problemas materiales del inicio de la expansión económica y de la finalización del caos.

El régimen sindicalista intentará consolidar y estabilizar el nivel imperante del proceso revolucionario, justo como el régimen «genuinamente socialista» -excepto que lo hará de este modo en una fase mucho más desarrollada, cuando la primacía de la burguesía ha sido destruida y un cierto equilibrio del poder de las clases ha surgido con el proletariado predominante; cuando el beneficio completo del capital ya no puede salvarse, sino sólo su repelente forma pequeño-capitalista; cuando ya no es la expansión burguesa sino la expansión socialista la que está

si se lo propone, esta clase mundialmente dominante no fallará en emplazar terribles medios para reforzar su dominación.

intentándose, aunque con recursos insuficientes-. Esto constituye así la última posición de la clase burguesa: cuando la burguesía ya no puede resistir el ataque de las masas en la línea de los Scheidemann-Henderson-Renaudel, se retira a sus últimas líneas de defensa, la línea de los Smillie-Dissman-Merrheim¹¹. Cuando no es capaz de engañar al proletariado por más tiempo, teniendo «trabajadores» en un régimen burgués o socialista, únicamente puede intentar mantener al proletariado alejado de sus últimas metas radicales mediante un «gobierno de las organizaciones obreras» y así retener en parte su posición privilegiada. Tal gobierno es contrarrevolucionario en su naturaleza, en cuanto busca frenar el necesario desarrollo de la revolución hacia la destrucción total del mundo burgués e impedir al comunismo total conseguir sus mayores y más claros objetivos. La lucha de los comunistas puede, en la actualidad, correr paralela a menudo con la de los sindicalistas radicales; pero sería una táctica peligrosa no identificar claramente las diferencias de principios y objetivos cuando esto ocurre. Y estas consideraciones también se sostienen sobre la actitud de los comunistas hacia las confederaciones sindicales de hoy; todo lo que consolida su unidad y su fuerza consolida la fuerza que un día se situará en el camino de la marcha hacia delante de la revolución.

11 Respectivamente dirigentes socialista y sindicalista. [Nota de los traductores al inglés]

Cuando el comunismo conduce una lucha fuerte y de principios contra esta forma política transicional, representa las tendencias revolucionarias vivas en el proletariado. La misma acción revolucionaria del proletariado que prepara el camino para la dominación de una burocracia obrera, aplastando el aparato del poder burgués, empuja simultáneamente a las masas a formar sus propios órganos, los consejos, que inmediatamente minan la base de la maquinaria burocrática de los sindicatos. El desarrollo del sistema de soviets es, al mismo tiempo, la lucha del proletariado para reemplazar la forma incompleta de su dictadura por la dictadura completa. Pero con el intenso trabajo que requieren todos los interminables esfuerzos para «reorganizar» la economía, una burocracia dirigente podrá retener gran poder durante mucho tiempo, y la capacidad de las masas de librarse de ella sólo se desarrollará despacio. Es más, estas formas y fases varias del proceso de desarrollo no se siguen en la sucesión lógica, abstracta, en la cual las hemos situado como grados de maduración: ocurrirán todas al mismo tiempo, se enmarañarán y coexistirán en un caos de tendencias que se complementan, combaten y disuelven las unas a las otras, y es a través de esta lucha cómo procede el desarrollo general de la revolución. Como el propio Marx expuso:

«Las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en el curso de su propio desarrollo, regresan a lo aparentemente

completado para volver a empezarlo de nuevo, tratan las insuficiencias de sus propios primeros intentos con un desdén cruelmente radical, parecen sólo derribar a sus adversarios para permitirles sacar de la tierra nuevas fuerzas y elevarse de nuevo para enfrentarse a ellas aún más gigantescos.»

Las resistencias que parten del proletariado mismo como expresiones de debilidad deben ser superadas para que desarrolle toda su fuerza; y este proceso de desarrollo se genera por el conflicto, procede de crisis a crisis, empujado por la lucha. En el principio era la acción, pero era sólo el principio. Se requiere un instante de propósito unitario para derrocar una clase dominante, pero sólo la unidad duradera otorgada por la visión clara puede reservarnos un asimiento firme [del poder] en la victoria. Por otra parte, en eso tiene el reverso, de que no es un retorno a los viejos dominadores, sino una nueva hegemonía bajo una nueva forma, con nuevo personal y nuevas ilusiones. Cada nueva fase de la revolución trae una nueva capa de dirigentes hasta ahora no utilizados a la superficie, como representantes de formas particulares de organización, y el derrocamiento de cada uno de éstos representa a su vez una fase superior en la autoemancipación del proletariado. La fuerza del proletariado no es meramente el poder bruto del acto violento singular que derriba al enemigo, sino también la fortaleza de la mente que rompe la vieja dependencia espiritual y, de este modo, tiene éxito al mantener una sujeción firme sobre lo que ha sido

sobrecogido por la tempestad. El crecimiento de esta fuerza en el flujo y reflujo de la revolución es el crecimiento de la libertad proletaria.

VIII. El ejemplo de la Rusia soviética

En Europa occidental, el capitalismo está en un estado de derrumbe progresivo; aún en Rusia, a pesar de las terribles dificultades, la producción está siendo levantada bajo un nuevo orden. La hegemonía del comunismo no significa que la producción esté basada completamente en un orden comunista --esto último sólo es posible después de un proceso relativamente largo de desarrollo-- sino que la clase obrera está desarrollando conscientemente el sistema de producción hacia el comunismo. Este desarrollo no puede en ningún aspecto ir más allá de lo que permiten los fundamentos técnicos y sociales que prevalecen, y por consiguiente, manifiesta inevitablemente formas de transición en las que aparecen vestigios del viejo mundo burgués. De acuerdo con ello, hemos oído hablar de la situación en Rusia aquí en Europa occidental, y tales vestigios existen de hecho allí.

Rusia es una enorme tierra campesina; la industria no se ha desarrollado allí hasta la magnitud antinatural de un «taller» del mundo como lo ha hecho en Europa occidental, haciendo de exportar y expandirse una cuestión de vida o muerte, sino simplemente lo suficiente para la formación de una clase obrera capaz de asumir el gobierno de la sociedad como una clase

desarrollada. La agricultura es la ocupación de las masas populares, y las granjas modernas, a gran escala, están en minoría, aunque jueguen un valioso papel en el desarrollo del comunismo. Son las unidades pequeñas las que constituyen la mayoría: no las miserables y explotadas pequeñas propiedades de Europa occidental, sino granjas que aseguran el bienestar de los campesinos y que el régimen soviético busca integrar cada vez más estrechamente en el conjunto del sistema por medio de la ayuda material en forma de equipamiento y herramientas extra, y mediante la educación intensiva cultural y especializada. No obstante, es natural que esta forma de empresa genere un cierto espíritu de individualismo extraño al comunismo que, entre los 'campesinos ricos', se ha convertido en una estructura mental hostil y resueltamente anticomunista. La Entente ha especulado sin duda sobre esto en sus propuestas para comerciar con las cooperativas, con la intención de iniciar un contramovimiento burgués atrayendo a estos estratos a la prosecución burguesa del beneficio. Pero a causa del miedo a la reacción feudal, que los liga al régimen presente como su mayor interés, tales esfuerzos deben venirse abajo, y cuando el imperialismo europeo occidental se derrumbe este peligro desaparecerá completamente.

La industria es predominantemente un sistema de producción organizado de modo centralizado y libre de explotación; es el corazón del nuevo orden, y la dirección del Estado está basada en el proletariado industrial. Pero incluso este sistema de producción

está en una fase de transición; los cuadros técnicos y administrativos en las fábricas y en el aparato estatal ejercen mayor autoridad de la que se corresponde con el comunismo desarrollado. La necesidad de incrementar rápidamente la producción e incluso la más urgente necesidad de crear un ejército eficiente para protegerse de los ataques de la reacción hizo indispensable hacer buena la falta de dirigentes fiables en el tiempo más breve posible; la amenaza del hambre y los ataques del enemigo no permitieron dirigir todos los recursos hacia una elevación más gradual del nivel general de competencia y al desarrollo de conjunto como la base de un sistema comunista colectivo. Así surgió, inevitablemente, una nueva burocracia de los nuevos dirigentes y funcionarios, absorbiendo la vieja burocracia dentro de sí. Esto se considera a veces, con cierta ansiedad, como un peligro para el nuevo orden, y sólo puede eliminarse mediante un amplio desarrollo de las masas. Aunque éste último está siendo emprendido con suprema energía, sólo el excedente comunista por medio del cual el hombre deja de ser esclavo de su trabajo formará el fundamento último para ello. Sólo el excedente crea las condiciones materiales para la libertad y la igualdad; mientras tanto la lucha contra la naturaleza y contra las fuerzas del capital permanezca siendo intensa, seguirá siendo necesario un grado desproporcionado de especialización.

Merece la pena señalar que, aunque nuestro análisis predice que el desarrollo en Europa

occidental tomará una dirección diferente del de Rusia, en la medida en que podemos prever el curso que seguirá en lo que se refiere a los progresos de la revolución, ambos manifiestan la misma estructura económico-política: la industria funciona según los principios comunistas con los consejos obreros formando el elemento de autogestión bajo la dirección técnica y la hegemonía política de una burocracia obrera, mientras la agricultura conserva un carácter individualista, pequeñoburgués, en los sectores dominantes de pequeña y mediana escala. Pero esta coincidencia no es tan extraordinaria por cuanto que, en tanto esta clase de estructura social no está determinada por la historia política anterior, sino por las condiciones tecnico-económicas básicas -el nivel de desarrollo conseguido por la tecnología industrial y agrícola y la formación de las masas proletarias- que son en ambos casos las mismas. Pero a pesar de esta coincidencia, hay una gran diferencia de significado y finalidad. En Europa occidental esta estructura económico-política forma una fase de transición en la cual la burguesía es capaz, en último lugar, de frenar su declive, mientras que en Rusia el intento está realizándose conscientemente para proseguir el desarrollo ulterior en una dirección comunista. En Europa occidental forma una fase en la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, en Rusia una fase en la nueva expansión económica. Con las mismas formas externas, Europa occidental está en la senda decadente de una cultura en declive, Rusia en el movimiento ascendente de una nueva cultura.

Mientras la revolución rusa era todavía joven y débil y estaba mirando hacia un inminente estallido de la revolución en Europa para salvarla, reinaba una concepción diferente de su importancia. Rusia, como se mantenía entonces, era sólo un puesto avanzado de la revolución donde las circunstancias favorables habían permitido al proletariado tomar el poder tan tempranamente; pero este proletariado era débil y embrionario y casi absorbido en las infinitas masas del campesinado. El proletariado de la Rusia económicamente atrasada podría realizar solamente avances temporales; en cuanto las grandes masas del totalmente maduro proletariado europeo occidental llegasen al poder en los países industriales más desarrollados, con toda su experiencia técnica y organizativa y su vieja riqueza cultural, entonces deberíamos ver al comunismo florecer en tal extensión que haría que la contribución rusa, bienvenida como era, pareciera débil e inadecuada en comparación. El corazón y la fuerza del nuevo mundo comunista se situaban donde el capitalismo había alcanzado el punto culminante de su poder, en Inglaterra, en Alemania, en América, y donde residía la base para el nuevo modo de producción.

Esta concepción no tiene en cuenta las dificultades que enfrenta la revolución en Europa occidental. Donde el proletariado gana dominio firme sólo lentamente y la burguesía es, en ocasiones, capaz de recuperar el poder parcial o totalmente, la reconstrucción económica no fructificará. La expansión capitalista es imposible;

cada vez que la burguesía obtiene vía libre, crea un nuevo caos y destruye las bases que podrían servir para la construcción de la producción comunista. Una y otra vez impide la consolidación del nuevo orden proletario mediante la reacción sangrienta y la destrucción. Esto ocurría aún en Rusia: la destrucción de instalaciones industriales y minas en los Urales y el valle de Donetz por Kolchak y Denikin, así como la necesidad de desplegar a los mejores obreros y la mayor parte de las fuerzas productivas contra ellos, era un serio golpe para la economía y daño y retardó la expansión comunista - e incluso aunque el inicio de las relaciones comerciales con América y Occidente pueda favorecer considerablemente una nueva alza, será necesario el mayor esfuerzo de autosacrificio por parte de las masas en Rusia para lograr la recuperación completa de este daño-. Pero -y aquí reside la diferencia- la república soviética ha permanecido intacta en Rusia como un centro organizado de poder comunista que ha desarrollado ya impresionante estabilidad interna. En Europa occidental habrá justamente la misma destrucción y muerte, y también aquí las mejores fuerzas del proletariado serán arrasadas en el curso de la lucha; pero aquí carecemos de un Estado soviético ya consolidado y organizado, que pudiera servir como una fuente de fuerza. Las clases están desgastándose la una a la otra en una guerra civil devastadora, y mientras tanto la construcción se reduzca a nada, el caos y la miseria continuarán gobernando. Ésta será la suerte de los países donde el proletariado no reconoce inmediatamente su

tarea con visión clara y propósito unitario, es decir, donde las tradiciones burguesas debilitan y dividen a los obreros, nublan sus ojos y someten sus corazones. Llevará décadas superar la influencia infecciosa y paralizante de la cultura burguesa sobre el proletariado en los viejos países capitalistas. Y, entretanto, la producción yace en ruinas y el país degenera en un desierto económico.

Al mismo tiempo que Europa occidental, estancándose económicamente, lucha dolorosamente con su pasado burgués, en el Este, en Rusia, la economía está floreciendo bajo un orden comunista. Lo que solía distinguir los países capitalistas desarrollados de los atrasados del Este era la tremenda sofisticación de sus medios de producción materiales y mentales -una densa red de vías férreas, fábricas, barcos, y una densa población técnicamente experimentada-. Pero durante el derrumbe del capitalismo, en la larga guerra civil, en el periodo de estancamiento cuando se produce demasiado poco, esta herencia está disipándose, consumida o destruida. Las indestructibles fuerzas de producción, la ciencia, las capacidades técnicas, no están atadas a estos países; sus portadores encontrarán una nueva patria en Rusia, donde el comercio también proveerá un santuario para parte de la riqueza material y técnica de Europa. El acuerdo de comercio de la Rusia soviética con Europa occidental y América tenderá, si se toma en serio y se pone en práctica con voluntad, a acentuar esta contradicción, porque lleva más allá la expansión económica de Rusia mientras retarda el

derrumbe en Europa occidental, dando así al capitalismo una pausa para respirar y paralizando el potencial revolucionario de las masas -por cuanto tiempo y hasta qué punto está por verse-. Políticamente, esto se expresará en una aparente estabilización de un régimen burgués o de uno de los otros tipos discutidos anteriormente, y en una elevación simultánea al poder de tendencias oportunistas dentro del comunismo; reconociendo los viejos métodos de lucha y comprometiéndose en la actividad parlamentaria y la oposición leal dentro de los viejos sindicatos, los partidos comunistas en Europa occidental adquirirán un status legal, como la socialdemocracia antes que ellos, y frente a esto, la corriente radical y revolucionaria se verá reducida a una minoría. Sin embargo, es enteramente improbable que el capitalismo disfrute un auténtico nuevo florecimiento; los intereses privados de los capitalistas que comercian con Rusia no diferirán de la economía en su conjunto, y a causa del beneficio embarcarán elementos básicos esenciales de producción para Rusia; y tampoco el proletariado puede de nuevo ser atraído a un estado de dependencia. De este modo, la crisis se prolongará; el progreso duradero es imposible y será frenado continuamente; el proceso de la revolución y la guerra civil será retardado y dilatado, la dominación completa del comunismo y el inicio de un nuevo desarrollo se aplaza al futuro distante. Entretanto, en el Este, la economía se desarrollará sin lastres en una poderosa ola, y se descubrirán nuevos caminos sobre la base de la ciencia natural más avanzada -que occidente es

incapaz de aprovechar- junto con la nueva ciencia social, el control recién conquistado de la humanidad sobre sus propias fuerzas sociales. Y estas fuerzas, incrementadas un ciento de veces más por las nuevas energías que fluyen de la libertad y la igualdad, hará de Rusia el centro del nuevo orden comunista mundial.

Esta no será la primera vez en la historia mundial que el centro del mundo civilizado se ha desplazado en la transición a un nuevo modo de producción o a una de sus fases. En la antigüedad, se desplazó de Oriente Medio al sur de Europa; en la edad media, del sur de Europa a Europa occidental; con el ascenso del capital colonial y mercantil, primero España, luego Holanda e Inglaterra, se convirtieron en la nación dominante, y con el ascenso de la industria, Inglaterra. La causa de estos desplazamientos puede resumirse de hecho en un principio histórico general: donde la forma económica más temprana alcanzó su desarrollo más elevado, las fuerzas materiales y mentales, las instituciones político-jurídicas que afianzaron su existencia y que eran necesarias para su desarrollo pleno, fueron tan fuertemente construidas que ofrecieron una resistencia casi insuperable al desarrollo de nuevas formas. Así, la institución de la esclavitud inhibió el desarrollo del feudalismo en el crepúsculo de la antigüedad; así, las leyes gremiales que se aplicaban en las grandes ciudades opulentas de tiempos medievales significaron que la manufactura capitalista posterior sólo podría desarrollarse en otros centros hasta entonces

insignificantes; así, a fines del siglo dieciocho, el orden político del absolutismo francés, que ya había adoptado la industria bajo Colbert, obstruyó la introducción de la industria a gran escala que hizo de Inglaterra una nación manufacturera.

Postfacio

Las tesis anteriores fueron escritas en abril y enviadas a Rusia, para estar disponibles para su consideración por el comité ejecutivo y el congreso en la elaboración de sus decisiones tácticas. Mientras tanto, la situación se ha alterado, por cuanto que el comité ejecutivo en Moscú y los camaradas dirigentes en Rusia han caído completamente por el lado del oportunismo, con el resultado que esta tendencia prevaleció en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista.

La política en cuestión hizo su aparición primero en Alemania, cuando Radek, usando toda la influencia ideológica y material que él y la dirección de KPD podían reunir, intentaron imponer sus tácticas de parlamentarismo y apoyo a las confederaciones centrales a los comunistas alemanes, dividiendo y debilitando así al movimiento comunista. Desde que Radek fue hecho secretario del comité ejecutivo, esta política se ha vuelto la de todo el comité ejecutivo. Se han redoblado los esfuerzos anteriormente infructuosos para asegurar la afiliación de los Independientes alemanes a Moscú, mientras los comunistas antiparlamentarios del KAPD, quienes, difícilmente puede negarse, pertenecen por derecho a la IC, han recibido un trato de frialdad: se mantuvo que se habían opuesto a la Tercera Internacional en todo

asunto de importancia, y sólo podrían ser admitidos sobre condiciones especiales. El Buró Auxiliar de Amsterdam, que los había aceptado y tratado como iguales, fue cerrado. Lenin les dijo a los comunistas ingleses no sólo que debían participar en las elecciones parlamentarias, sino incluso que se uniesen al Partido Laborista, una organización política consistente en gran medida en dirigentes sindicalistas reaccionarios y en miembros de la Segunda Internacional. Todas estas posiciones manifiestan el deseo de los camaradas dirigentes rusos de establecer contacto con las grandes organizaciones obreras de Europa occidental que todavía han de tornarse comunistas. Mientras los comunistas radicales buscan llevar más allá el desarrollo revolucionario de las masas obreras por medio de una lucha rigurosa y de principios contra todas las tendencias burguesas, socialpatrióticas y vacilantes y sus representantes, la Dirección de la Internacional está intentando ganar la adhesión en manada de estas últimas a Moscú, sin que hayan abandonado primero sus viejas perspectivas.

La posición antagónica que los bolcheviques, cuyas acciones les convirtieron en exponentes de tácticas radicales en el pasado, han adoptado hacia los comunistas radicales de Europa occidental, ha visto la luz claramente en el folleto recientemente publicado de Lenin «La enfermedad infantil del *izquierdismo* en el comunismo». Su importancia no descansa en su contenido, sino en la persona del autor, porque los argumentos son escasamente originales y ya han sido usados por otros en su

mayor parte. Lo que es nuevo es que sea Lenin quien los esté adoptando ahora. La cuestión no es, por consiguiente, combatirlos -su falacia reside principalmente en la igualación de las condiciones, los partidos, las organizaciones y la práctica parlamentaria de Europa occidental con sus contrapartidas rusas- y oponerles otros argumentos, sino captar el hecho de su aparición en esta coyuntura como el producto de políticas específicas.

La base de estas políticas puede identificarse fácilmente en las necesidades de la república soviética. Los insurrectos reaccionarios Kolchak y Denikin han destruido los fundamentos de la industria del hierro rusa, y el esfuerzo de la guerra ha impedido un ascenso fuerte en la producción. Rusia necesita urgentemente máquinas, locomotoras y herramientas para la reconstrucción económica, y sólo la industria ilesa de los países capitalistas puede proporcionárselos. Necesita, por lo tanto, del comercio pacífico con el resto del mundo, y en particular con las naciones de la Entente; ellos, a cambio, necesitan materias primas y comestibles de Rusia para evitar el derrumbe del capitalismo. El paso vago del desarrollo revolucionario en Europa occidental compele así a la república soviética a buscar una convivencia, un *modus vivendi* con el mundo capitalista, entregar una porción de su riqueza natural como precio, y renunciar al apoyo directo a la revolución en otros países. En sí mismo puede no haber objeción a un arreglo de este tipo, que ambos partidos reconocen

ser necesario; pero difícilmente sería sorprendente que el sentido del constreñimiento y la iniciación de una política de compromiso con el mundo burgués fuesen fomentar una disposición mental hacia perspectivas más moderadas. La Tercera Internacional, como la asociación de los partidos comunistas que preparan en cada país la revolución proletaria, no está formalmente limitada por las políticas del gobierno ruso, y se supone que prosigue sus propias tareas de modo completamente independiente de éste último. En la práctica, sin embargo, esta separación no existe; así como el PC es la espina dorsal de la república soviética, el comité ejecutivo está íntimamente conectado con la presidencia (*praesidium*) de la república soviética a través de las personas de sus miembros, formando así un instrumento por medio del cual esta presidencia interviene en la política de Europa occidental. Podemos ver ahora por qué las tácticas de la Tercera Internacional, aprobadas por el Congreso para aplicarlas homogéneamente a todos los países capitalistas y para ser dirigidas desde el centro, no están determinadas únicamente por las necesidades de la agitación comunista en esos países, sino también por las necesidades políticas de la Rusia soviética.

Es verdad que ahora Inglaterra y Rusia, los poderes mundiales hostiles que representan respectivamente al capital y al trabajo, necesitan ambos del comercio pacífico para levantar sus economías. Sin embargo, no son sólo las necesidades económicas inmediatas lo que

determina sus políticas, sino también el antagonismo económico más profundo entre la burguesía y el proletariado, la cuestión del futuro, expresada en el hecho que los grupos capitalistas poderosos, frontalmente hostiles a la república soviética, están intentando impedir cualquier compromiso como una cuestión de principios. El gobierno soviético sabe que no puede confiar en la perspectiva de la necesidad de la paz de Lloyd George e Inglaterra, los cuales tenían que sobrepasar el poderío insuperable del Ejército Rojo por una parte, y la presión que los obreros y soldados ingleses estaban ejerciendo sobre su gobierno por la otra. El gobierno soviético sabe que ante la amenaza de la Entente el proletariado es una de sus armas más importantes para paralizar a los gobiernos imperialistas y compelerlos a negociar. Debe, en consecuencia, hacer este arma tan poderosa como sea posible. Lo que esto requiere no es un partido comunista radical que prepare una revolución de arriba a abajo para el futuro, sino una gran fuerza proletaria organizada que tome partido por Rusia y obligue a su propio gobierno a que le preste atención. El gobierno soviético necesita a las masas ahora, aún si no son plenamente comunistas. Si puede ganarlas para sí, su adherencia a Moscú sería una señal para el capital mundial de que la guerra de aniquilación contra Rusia ya no es posible, y que no hay por consiguiente alternativa a la paz y a las relaciones comerciales.

Moscú debe, por lo tanto, presionar por tácticas comunistas en Europa occidental que no choquen agudamente con las perspectivas y métodos tradicionales de las grandes organizaciones obreras, cuya influencia es decisiva. De modo similar, tuvieron que hacerse esfuerzos para reemplazar el régimen de Ebert en Alemania con uno orientado hacia el Este, dado que había mostrado ser un instrumento de la Entente contra Rusia; y cuando el PC era él mismo demasiado débil, sólo los Independientes podían servir a este propósito. Una revolución en Alemania fortalecería enormemente la posición de la Rusia soviética frente a la Entente. El desarrollo de tal revolución, sin embargo, podría ser finalmente muy incómodo hasta donde concierne a la política de paz y compromisos con la Entente, pues una revolución proletaria radical desgarraría el Tratado de Versalles y renovaría la guerra -los comunistas de Hamburgo querían hacer actividades preparativas por adelantado para esta guerra-. Rusia habría entonces sido arrastrada a esta guerra, y aunque se fortalecería externamente en el proceso, la reconstrucción económica y la abolición de la pobreza serían postergadas para aún más adelante. Estas consecuencias podrían evitarse si la revolución alemana pudiera mantenerse circunscrita de tal modo que, aunque la fuerza de los gobiernos obreros aliados contra el capital de la Entente aumentase en gran medida, los últimos no se colocasen en posición de tener que ir a la guerra. Esto exigiría no las tácticas radicales del KAPD, sino el gobierno de los Independientes, el KPD y los

sindicatos bajo la forma de una organización de consejos sobre el modelo ruso.

Esta política tiene perspectivas más allá de afianzar simplemente una posición más favorable para las negociaciones actuales con la Entente: su meta es la revolución mundial. No obstante, está claro que una concepción particular de la revolución mundial debe estar implícita en el carácter particular de éstas políticas. La revolución que está ahora avanzando a través del mundo, y que en breve dará alcance a Europa Central y luego a Europa occidental, está impulsada por el derrumbe económico del capitalismo; si el capital es incapaz de llevar a cabo una elevación en la producción, las masas estarán obligadas a girar hacia la revolución como la única alternativa bajo la que ir sin disputa. Pero aunque compelidas a girar a la revolución, las masas están en su conjunto todavía en un estado de servidumbre mental a las viejas perspectivas, las viejas organizaciones y dirigentes, y son éstos últimos quienes obtendrán el poder en primera instancia. Debe hacerse, por lo tanto, una distinción entre la revolución externa que destruye la hegemonía de la burguesía y hace imposible el capitalismo, y la revolución comunista, un proceso más largo que revoluciona internamente a las masas, y en el cual la clase obrera, emancipándose de todas sus ataduras, toma en sus manos firmemente la construcción del comunismo. Es la tarea del comunismo identificar las fuerzas y tendencias que detendrán la revolución a medio camino, para mostrar a las masas el camino de

avance y, mediante la lucha más encarnizada por las metas más distantes, por el poder total, contra estas tendencias, despertar en el proletariado la capacidad de impulsar la revolución hacia delante. Esto sólo puede hacerse, incluso ahora, luchando contra las tendencias de dirección inhibitoras y contra el poder de sus dirigentes. El oportunismo busca aliarse con los dirigentes y tomar parte en una nueva hegemonía, y se comprometerá con ellos creyendo que puede inclinarlos hacia la vía del comunismo. Postulando que ésta sea la táctica oficial del comunismo, la Tercera Internacional está poniendo el sello de «revolución comunista» a la apropiación del poder por parte de las viejas organizaciones y sus dirigentes, consolidando la hegemonía de estos dirigentes y obstruyendo el progreso ulterior de la revolución.

Desde el punto de vista de salvaguardar la Rusia soviética, no puede haber objeción a esta concepción del objetivo de la revolución mundial. Si un sistema político similar al de Rusia existiera en otros países de Europa –el mando de la burocracia obrera basada en un sistema de consejos– el poder del imperialismo mundial se rompería y contendría, al menos en Europa. La construcción económica hacia el comunismo podría, luego, proseguir sin miedo a guerras de intervención reaccionarias, en una Rusia rodeada por amistosas repúblicas obreras. Es, por consiguiente, comprensible, que lo que nosotros consideramos una forma temporal, inadecuada, de transición, que ha de ser combatida con todas nuestras fuerzas, sea para Moscú el logro

de la revolución proletaria, la meta de la política comunista.

Esto nos conduce a las consideraciones críticas que han de elevarse contra estas políticas desde el punto de vista del comunismo. Éstas se refieren, primeramente, a su efecto ideológico recíproco sobre la misma Rusia. Si el estrato en el poder en Rusia confraterniza con la burocracia obrera de Europa occidental y adopta las actitudes de ésta última, corrompida como está por su posición, su antagonismo hacia las masas y su adaptación al mundo burgués, entonces el impulso que debe llevar a Rusia más allá en el camino del comunismo es susceptible de disiparse; si se basa en el campesinado poseedor de tierras por encima de y contra los obreros, no puede excluirse una desviación del desarrollo hacia formas agrarias burguesas, y esto llevaría al estancamiento de la revolución mundial. Hay la consideración ulterior de que el sistema político que surgió en Rusia como una forma de transición conveniente de cara a la realización del comunismo –y qué sólo podría osificarse en una burocracia bajo condiciones particulares– habría representado desde sus comienzos un impedimento reaccionario a la revolución en Europa occidental. Nosotros ya hemos señalado que un «gobierno obrero» de este tipo no sería capaz de desencadenar las fuerzas de la reconstrucción comunista; y dado que tras esta revolución las masas burguesas y pequeñoburguesas, junto con el campesinado, representarían todavía, a diferencia del caso de

Rusia después de la revolución de octubre, una fuerza tremenda, el fracaso de la reconstrucción devolvería con demasiada facilidad a la reacción el asiento del poder y las masas proletarias tendrían que renovar sus empeños para abolir el sistema.

Es incluso algo dudoso si esta política de revolución mundial atenuada puede lograr su objetivo, en lugar de reforzar a la burguesía como cualquier otra política de oportunismo. Para la oposición más radical, el camino de avance no consiste en formar una alianza previa con los moderados con vistas a compartir el poder, en lugar de dar empuje a la revolución por medio de una lucha intransigente; esto debilita tanto la fuerza de lucha global de las masas que el derrocamiento del sistema establecido se retrasa y se hace más duro y difícil.

Las fuerzas reales de la revolución están en otra parte, que no en las tácticas de los partidos y las políticas de los gobiernos. Durante todas las negociaciones no puede haber paz real entre el mundo del imperialismo y el del comunismo: mientras Krassin estaba negociando en Londres, los Ejércitos Rojos estaban quebrando el poderío de Polonia y alcanzando las fronteras de Alemania y Hungría. Esto ha traído la guerra a Europa Central; y las contradicciones de clase que habían alcanzado aquí un nivel intolerable, el total derrumbe económico interior que hace la revolución inevitable, la miseria de las masas, la furia de la reacción armada, harán todas ellas que la guerra

civil se encienda en estos países. Pero cuando las masas estén en movimiento aquí, su revolución no se dejará canalizar dentro de los límites que le prescribe la política oportunista de dirigentes experimentados; debe ser más radical y más profunda que en Rusia, porque la resistencia a superarse es mucho mayor. Las decisiones del congreso de Moscú son de menor importancia que las fuerzas salvajes, caóticas, elementales, que brotarán de los corazones de tres pueblos asolados y que proporcionarán un nuevo ímpetu a la revolución mundial.